

COMENZAMOS EL 2024 HOMENAJEANDO A LA POETA CARMEN JODRA. APORTAMOS DIVERSOS POEMAS APARECIDOS ANTERIORMENTE EN OTROS MEDIOS, QUE DEBIDO AL TIEMPO SE HAN VUELTO DIFÍCILES DE ENCONTRAR. CONTINÚA LA SECCIÓN DE POESÍA, EN LA QUE AUTORES COMO GONZÁLEZ IGLESIAS O DIONISIA GARCÍA COMPARTEN PÁGINAS CON AUTORES JÓVENES COMO MIGUEL FLORIANO O BÁRBARA GRANDE. PRESENTAMOS UNA SECCIÓN DE NARRATIVA VARIADA CON TRES AUTORES MUY VERSÁTILES, CON HISTORIAS DESARROLLADAS EN ENTORNOS SEMEJANTES, PERO FILTRADOS A TRAVÉS DE SU PARTICULAR PERCEPCIÓN DE LA REALIDAD. EDUARDO GREGORI NOS OFRECE TRADUCCIONES DE LA POETA VALENCIANA ÀNGELS GREGORI, GANADORA DEL PREMIO VICENT ANDRÉS ESTELLÉS DE POESÍA (2018). DALIA ALONSO REPRATA LA FIGURA DE LA POETA AURORA LUQUE A TRAVÉS DE SUS INFLUENCIAS Y DE AQUELLOS EN LOS QUE SU OBRA HA INFLUIDO. JUAN ANDRÉS GARCÍA ROMÁN SE DEJA ENTREVISTAR POR LAURA RAMOS PARA HABLARNOS DE LOS ENTRESIJOS DE SU OBRA.



CENTAUROS No. 6

# CENTAUROS

REVISTA DE LITERATURA

N.º 6

JODRA · IGLESIAS · CLARK · GRANDE  
FRANCOS · SAUQUILLO · PAZ · LARA  
FLORIANO · GARCÍA · MOYANO · LA BEIRA  
NAVARRO · GREGORI · ALONSO · ROMÁN

ENERO 2024

## CENTAUROS - REVISTA DE LITERATURA

Enero 2024

### EDICIÓN

Alejandro V. Bellido  
José Cuevas Olmedo  
Irene Flores Romero

### DISEÑO

Grana Studio (@granastudio)

### IMPRESIÓN

Artes gráficas Bonanza

### ISSN

2952-055X

### DEPÓSITO LEGAL

H257-2022

### CONTACTO

revistacentauros@gmail.com  
@revistacentauros

### DISPONIBLE EN

Librería Saltés (Huelva)  
Librería Casa Tomada (Sevilla)  
Librería Sin Tarima (Madrid)

### COLABORA

Ayuntamiento de Huelva



Ayuntamiento de  
**HUELVA**

Editado en Huelva por  
Asociación Revista de Literatura Centauros

REVISTA DE LITERATURA

# CENTAUROS

NÚMERO 6

ENERO 2024



# CONTENIDO

## Especial

- 1 **Carmen Jodra** - Cuatro poemas

## Poesía

- 7 **Juan Antonio González Iglesias** - Lunes en el museo  
8 **Ben Clark** - Homo Naledi  
10 **Bárbara Grande Gil** - Monjas de clausura  
11 **Aitor Francos** - En armas  
12 **Vanesa Pérez-Sauquillo** - Don de altura  
13 **María Paz Otero** - Lo inefable  
14 **Juan Carlos de Lara** - Las hojas pasadas  
16 **José Manuel de Lara** - Mucho  
17 **Miguel Floriano** - María  
18 **Dionisia García** - Llamada

## Narrativa

- 19 **Manuel Moyano** - Por el valle del Gor  
21 **Javier La Beira** - Fragmentos del libro inédito *Oppiano diario. 2015*  
26 **Hipólito G. Navarro** - Tríptico de Cortegana

## Traducciones

- 30 **Eduardo Gregori** - Tres poemas de Àngels Gregori

## Artículo

- 35 **Dalia Alonso** - Las lecturas de Aurora

## Entrevista

- 38 **Juan Andrés García Román** - Entrevista realizada por Laura Ramos

## Notas de lectura

- 45 **José Cuevas Olmedo** - *Elogio de la Filosofía* (Gabriel Albiac)  
46 - *Confesiones de un opiófilo* (A. Escototado)  
47 **Claudia Capel** - *La rosa y el velocípedo* (Adriano del Valle)  
49 **Dalia Alonso** - *Corazonada* (Berta García Faet)  
50 **Manuel Carbajosa** - *De Herrera. Estudios reunidos en el centenario de Versos (1619)*  
51 - *Los no amados* (Juan Cobos Wilkins)  
53 **Alejandro Bellido** - *Cocuyo* (Severo Sarduy)

# Carmen Jodra

## CUATRO POEMAS

Amor, belleza y literatura. Son cualidades de una persona amable, de la poesía amable de Carmen Jodra Davó. Nacida en Madrid en 1980, falleció allí en 2019 con treinta y ocho "veranos", a lo largo de los cuales los poemas de su primer libro, *Las moras agraces* (1999; reeditado por La Bella Varsovia en 2020), ganador del XIV Premio de Poesía Hiperión, maduraron en multitud de formas y formatos. Desde el libro, pasando por la plaquette y la antología, hasta la revista y el recital de los que proceden los textos que presentamos, Carmen Jodra Davó fue esparciendo su poesía por diferentes lugares. El hecho de que los cuatro poemas siguientes no figuren en ninguno de sus libros publicados —junto con el anterior, *Rincones sucios* (2004; reeditado por La Bella Varsovia en 2011 y 2021) y *El libro doce* (2021)— sugiere que estos salen del meticuloso plan antologizador de la poeta, pero ello no quiere decir en absoluto que no respondan como unidades autónomas a su filosofía, su modo de entender la vida y la literatura.

La pasión de Carmen Jodra por la tradición grecolatina es equiparable a la del Amor ansioso de belleza en el mito que Diotima relata a Sócrates en *El Simposio*. A propósito de *El libro doce*, el poeta salmantino, amigo de la autora y como ella filólogo clásico, Juan Antonio González Iglesias ha hablado del "erotismo de una bibliotecaria", y no le falta razón. El amor al *logos*, la filología atraviesa su obra poética. Ya la primera sección de su primer libro se titula "Apuntes de la biblioteca", y en bibliotecas trabajó: inicialmente, en la de la Universidad Politécnica de Ingeniería de Montes, Forestal y del Medio Natural (2009-2013), y finalmente en la Biblioteca Luis Rosales de Carabanchel. María Jesús Fuentes, directora de la revista *Mester de Vandavía*, en la que publicó asiduamente Jodra poemas como los tres últimos, aparecidos en los números "1 y 2" (h. 2005-2006), cuenta cómo a la poeta le inspiraba mucho la gente que iba a la biblioteca —ahí está *La biblioteca no es un lugar para lo sensual...* de *El libro doce*. Inspirada por esta platónica "manía" libresca, navegó por las galerías de su inmensa biblioteca mental, más allá de Grecia y Roma, pero sin abandonarlas nunca.

En el mismo año de 1999, en que *Las moras agraces* se publican y reciben las primeras críticas, la autora cumple los diecinueve años declarados en el poema que empieza con el verso *Ya conocéis los códigos de la melancolía...*, recitado en junio de 2001 en el programa Tertulias Poéticas de Canal Norte Televisión. En él, la poeta contesta a los detractores que reducían los

los poemas del libro a la artificiosidad de simples ejercicios imitativos (lo que desmintió en su día José Luis García Martín), precisamente, hablando a través del Hamlet que niega ante los reyes la hipocresía de su duelo: "Yo no sé parecer no solo en negro manto, / buena madre, ni el traje de riguroso luto, / pero lo que en mí siento sobrepuja estas cosas, / que son como atavíos y galas del dolor". De ahí que la poeta escriba: "Procurad comprenderme, y, si no, no juzguéis", atribuyendo al destino y los clásicos hados la fatalidad de su estado de ánimo.

Por el mismo rasero juzga la madrileña la poesía grecolatina y las manifestaciones contemporáneas de sus problemas intemporales, en especial, la cuestión de la belleza. Así, la "imagen ideal" del quinceañero yacente retratada en *Boy on a bed of flowers*, tomada del género de fanficción homoerótica conocido como *slash*, no desluce al lado del muchacho de mítica hermosura representado en el *Retrato gongorino* de *Las moras agraces* (por cierto, igualmente tendido), arquetipos diferentes pero de idéntica belleza que Jodra concilia salvando miríadas de épocas y culturas. Consecuentemente, tampoco desdeña la poeta citar a los que hoy son clásicos de la literatura fantástica juvenil: véase *So sickly sweet...*, en que la "clase de Transformaciones" mencionada no es otra cosa que la asignatura y rama de la magia impartida en el universo imaginado por J. K. Rowling, al que era aficionada la poeta y en el que se inspiró también para escribir la sextina *El príncipe Mediasangre* (2011).

Amor, belleza y literatura, pero estas apoyadas siempre en un fulcro de realidad infranqueable, son los motores de la poesía de Carmen Jodra Davó. La esperanza de aquello que se sabe inalcanzable preside el último poema, el anhelo de un paraíso de libertad tras la hecatombe que presiente, como por arte de adivinación, la poeta, que, sin embargo, se sabe destinada a la sombra de esos códigos de la melancolía, la inacabable búsqueda de lo que debe ser y no es, la infelicidad y, en fin, la eminente tarea de contagiarnos el amor a la belleza a través de sus palabras.

Texto introductorio de Ignacio Alba Degayón

## [YA CONOCÉIS LOS CÓDIGOS DE LA MELANCOLÍA...]<sup>1</sup>

Ya conocéis los códigos de la melancolía.  
Para decir lo que quiero decir  
puedo ahorrarme palabras.  
Ya sabéis: la mirada baja, las ropas negras,  
el silencio ante todo, ese duro silencio,  
la soledad en el rincón —el libro  
no es imprescindible, pero adorna—,  
la cabeza vencida...  
¿He mencionado ya los ojos en el suelo?  
Bueno, pues todo eso y el resto es mi destino,  
todo eso y el resto de nombre menos fácil.  
Yo no sé parecer no solo en negro manto,  
buena madre, ni el traje de riguroso luto,  
pero lo que en mí siento sobrepuja estas cosas,  
que son como atavíos y galas del dolor.  
La sombra es mi destino, yo nací para ella,  
me llevó diecinueve años el comprenderlo.  
Me cubre con sus alas, es dulce cuando quiere.  
No hay que defender nada, es solo que soy suya.  
Los hados —todo el mundo lo sabe— no se explican,  
y no es que yo esté en contra de la luz,  
¡lejos de mí tal cosa!  
Me llevó diecinueve años aceptar esto.  
Procurad comprenderme, y, si no, no juzguéis,  
la nieve es aún más blanca cuando un cuervo se posa  
al lado. Es un trabajo duro, pero  
tiene que hacerlo alguien.

---

1 Recitado por la autora en: Canal Norte TV Digital (15 de junio de 2001). Carmen Jodra en Tertulias Poéticas con Manuel Romero [Vídeo]. Canal Norte TV Digital. <https://www.canalnorte.org/-/carmen-jodra-en-tertulias-poeticas-con-manuel-romero-2001/embed/>. mins. 44:28- 45:10, 46:42-47:08, 50:11- 51:30.

## BOY ON A BED OF FLOWERS

Amarillas y blancas y blancas y amarillas,  
las blancas margaritas y las otras no sé,  
y un muchacho tendido al sol sin hacer nada  
ni leer ni pensar ni útil cosa alguna,  
mucho más importante que toda la cultura  
occidental u otra, sólo él y lo que es,  
cuerpo tendido al sol absorbiendo agradable  
vitamina D2 —y sin pensar en nada.  
Ahí tendido en su lecho de flores en el cálido  
centro del mundo, es bella como el protagonista  
de una autora de *slash*, quince años, por ejemplo,  
pero quince años en imagen ideal,  
sin acné, grosería innecesaria ni  
sombra oscura en el labio superior, simplemente  
la imagen ideal perfecta de los quince  
años tal como siempre debieron ser, muchacho  
en su lecho de flores, perfecto como todas  
esas cosas perfectas que deberían ser  
y no son, aunque de hecho nunca hayan estado allí,  
pero un trozo de hierba como ese cubierto  
de flores amarillas y blancas de inmediato  
precisó de un muchacho tendido sobre ellas,  
*boy on a bed of flowers*, tan bello como todo  
lo que soñamos siempre las autoras de *slash*,  
todas las cosas bellas que deberían ser  
y no son, no por eso menos reales, sólo  
la imagen ideal de la belleza.



[*SO SICKLY SWEET...*]

*So sickly sweet*  
dirías en tu lengua  
tan enfermizamente dulce  
verte

así tu mano llena de semillas  
rojas, azules, verdes y moradas  
de un amarillo céreo y rosas y naranjas  
y de otros colores  
de todos los sabores.

*So sickly sweet —my lovely one*  
No sabré si eres tú o yo te transfiguro  
(*So what?*)  
si tú eres quien yo creo o yo te transfiguro  
antes de clase de Transformaciones.

*So how are they this time?*

La mano hundida en el montón de dulces  
píldoras de colores  
qué pensativo, oh, mientras las pruebas  
y al responder sonrías:  
*So sickly sweet.*

## 8 SEPT / CONTINUAMENTE TENGO LA IMPRESIÓN<sup>2</sup>

8 sept

continuamente tengo la impresión  
de que va a pasar algo —y nunca pasa

es esta luz tan rara, naranja, opaca, un grito, ¿veis el grito?,  
y es el viento que agita los cabellos como las percepciones,  
y es el ruido continuo, ruidos graves y largos, ruidos agudos,  
enloquecedores  
y este viento este viento que anuncia grandes cosas  
con todo esto tengo la impresión de inminencia  
si no del fin del mundo sí por lo menos de una gran catástrofe  
que cambiará la vida mi vida para siempre  
me reconciliará con el sexo y el cosmos  
que nos permitirá dormir con quien queramos  
y nos libraré de responsabilidades  
y beber agua fría  
y una vida más pura

continuamente sé que va a pasar algo  
y nunca pasa.

---

<sup>2</sup> Jodra Davó, Carmen (h. 2005-2006). *Boy on a bed of flowers, So sickly sweet...*, 8 sept / continuamente tengo la impresión, *Someterse a la necesidad de la sensatez...* Mester de Vandalía, (1 y 2), 118-119.

# Juan Antonio González Iglesias

## LUNES EN EL MUSEO

Son muy distintos, pero van vestidos casi igual, con pellizas y con botas de semibárbaros, quizá vikingos o celtas actuales. No se muestran el amor que se tienen, camaradas en bruto, de otro tiempo, se separan –no mucho– y se aproximan para ver juntos un capitel, sentir la fuerza del mármol, admirar bronce, captar entre las inscripciones la preciosa totalidad llamada Magna Grecia, los púgiles felices –como ellos– las vasijas oscuras, donde late la carne de los cuerpos para siempre, las monedas que alguna vez compraron algo y son ya sagradas, las efigies de raros soberanos helenísticos. No hay casi nadie en el museo un lunes. Escoltado por un grupo de atletas y centauros, como un rey que pisara un mosaico, en el centro de la inmensa sala vertiginosamente plena de belleza y de divinidad, el menos guapo de los dos se queda con los ojos cerrados un buen rato.

## Ben Clark

### HOMO NALEDI: EL DESCUBRIMIENTO QUE PUEDE REESCRIBIR LA HISTORIA

*En lo tocante al sufrimiento jamás se equivocaban,  
Los Grandes Maestros: hasta qué punto comprendían  
su lugar en el mundo de los hombres;*

W. H. Auden  
(traducción de Jordi Doce)

Nosotros enterramos a los muertos.  
Según los antropólogos aquí  
está la diferencia: en el ritual,  
en el esfuerzo grave  
que implica transportar un cuerpo amado  
hasta la última cámara  
de la cueva. Y allí, cavar con lascas,  
con palos, con las manos y el dolor  
un pequeño agujero  
sin comprender por qué.

Hubo un tiempo muy largo en el que sí  
que comprendimos. Miles de años fértiles  
llenos de dioses gordos y de historias  
sobre héroes errantes y destinos  
domados por la fuerza del deseo.  
No fueron años fáciles,  
pero de allí surgieron los semáforos  
y los cuadros, el plástico  
cien por cien reciclable y esos cables  
largos de los teléfonos

que solían salir en las películas  
americanas. Nada  
de esto supo el homínido aquel día.  
Operaba empujado por el miedo  
que le daría ver cómo los pájaros  
se comían los ojos de su amor.

Es probable que todos los empeños  
de la historia desciendan de su pánico:  
que todo sea sólo un subterfugio  
milenario que fuimos escribiendo  
en las paredes lisas de las cuevas;  
en las losas de piedra; en el papiro;  
en la piel de cordero; en MS-DOS.  
¿Y si toda esa huida acaba aquí?  
Justo aquí, en esta cámara que el fuego  
va a iluminar un tiempo breve y frágil  
en el que, arrodillados,  
debemos decidir entre escribir  
o cavar una tumba para un cuerpo.

# Bárbara Grande Gil

## MONJAS DE CLAUSURA

*A Begoña M. Rueda*

Cenando justo en frente de la Alhambra  
hablamos del lenguaje de los tientos,  
de no sé qué otras cosas nos hablamos.  
¿No te acuerdas?

Nos encontramos,  
me late fuerte el pecho y no lo sabes.  
Me gusta cuando me hablas de tus cosas,  
verte borracha;  
que yendo a la Chumbera junto a Paula  
sintiéramos lo mismo al escuchar  
la letra de aquel tango sobre un niño  
rodeando con los brazos el cadáver de su madre.

Y, sin embargo  
se acerca una gitana y nos increpa  
allí en el Sacromonte  
que dónde coño vamos, que qué hacemos.  
Me siento responsable de callarme,  
de no haberte abrazado suficiente.

No sé qué esperas tú de mi amistad.  
Supongo que tampoco yo lo sé.  
Difícil coordinarse siendo seres  
extraños.  
Yo creo que conozco tu secreto.  
Conmigo estás a salvo, ven tranquila:  
exploremos ciudades,  
echémonos las cartas,  
compremos otra vez  
pastitas a las monjas de clausura.

## Aitor Francos

### EN ARMAS

Son siglos de pericia.  
No midas más el verso faraónico  
y haz resonar la aldaba. Golpea tu memoria,  
impetuosamente,  
con el cadáver que tengas a mano.  
Y olvida las palabras, falaces fortalezas  
de sueños arquetípicos:  
No sirven a la guerra.

Escribe para las piedras (y para ser piedra)  
e imprime, nada más,  
tu sello de vencido.  
Ahora que ya no existe la grandeza.

# Vanesa Pérez-Sauquillo

## DON DE ALTURA

Dame una noche clara  
para lavarme en ella las heridas.

Dame tu don de altura  
contra la gravedad del pensamiento.

Dame tu luz del norte  
para que apoye en ella la maleza.

Tu don de amor  
para hacer, de islas rotas,  
universo.



# María Paz Otero

## LO INEFABLE

Templada y silenciosa  
era la voz que ahora añoro.  
Blanca, densa como el aceite, iluminaba su voz  
la belleza oculta de las cosas.  
¿A quién otorgas ahora  
tu don de llamar a las cosas por su nombre?  
Solo tú decías agua y era agua,  
sol cuando era sol,  
voy, decías, y accedías al refugio lejano  
en que me escondo y tu voz llegaba a mí,  
cosa extraña,  
sin palabras.

# Juan Carlos de Lara

## LAS HOJAS PASADAS

*Como libros leídos han pasado los años.*

Jaime Gil de Biedma

De buena tinta sé que hay libros que me siguen  
cada vez que tú y yo nos vamos de viaje.  
Ignoro si es casual, pero también sucede  
que por cualquier ciudad  
descubrimos la casa donde vivió un poeta,  
ese banco del parque donde siempre leía,  
el café que solía frecuentar  
y puede que su tumba,  
lugares que conservan intacta su memoria  
aunque el tiempo los cambie siguiendo su costumbre.

A través de los planos, desafiando quizás  
los horarios de cierre,  
eres tú quien me guía, la que insiste  
en visitarlo todo porque sabes  
lo mucho que me gustan esas cosas,  
llegar a conocerlas, atreverme a tocar  
levemente un recuerdo  
por muy deteriorado que se encuentre.

Te debo estos momentos: la pensión de Segovia  
con el cuarto ocupado por Antonio Machado,  
el convento que en Úbeda conservaba la celda  
de San Juan de la Cruz, aquella casa  
perdida por Noviercas donde a veces vivió  
Gustavo Adolfo Bécquer  
o, bastante más lejos, allá en San Petersburgo,

el despacho de Pushkin  
con el sofá de piel donde murió  
al regresar herido tras un duelo.

Y en esas ocasiones, mientras siento que vivo  
fragmentos de unas vidas que no me pertenecen,  
mientras mi mente escribe  
los poemas que ya escribieron ellos,  
haciéndome unas fotos permaneces  
un verso por detrás.

Pero en casa otra vez, cuando retomo  
mi existencia de siempre  
y llega la rutina y vuelvo a ser  
quien solo está de paso,  
quien dibuja en el vaho de un cristal,  
quien escribe en el viento,  
me digo que por nada cambiaría  
todos esos instantes a tu lado,  
no importa, al fin y al cabo, que no deje  
ni un mínimo recuerdo de mi vida.

## José Manuel de Lara

### MUCHO

El sol vomita soledad por esta calle  
sin niños en su acera ni pregones;  
y el silencio, de esquina a esquina,  
pasa poniendo cruces  
por las puertas y ventanas  
y por las piedras dormidas.  
¡Nadie evoca los balcones ni las rosas  
de esta calle! Solo el nombre  
apuñala los cerebros  
y nos quema como un sol en nuestros labios.  
Pero hay algo de alegría en la tristeza  
de la calle.

Un algo que es de vida y es de muerte  
y es blasfemia y es bostezo  
en la sombra de las horas vacías.  
La calle negra, que es blanca,  
se abre a los horizontes de todos los caminos,  
de todas las promesas,  
de toda la esperanza...

¡Qué sola, hueca y perdida  
sobre la cruz de los aires!

La calle,  
borracha de soledad y de cielo,  
pasa la noche velando,  
pintando con lujuria las esquinas,  
gritando a las estrellas;  
poniendo una ilusión en cada puerta  
y un sueño sin palabra en cada lecho...

## Miguel Floriano

### MARÍA

Aunque lo que conduce a ella  
no suele serlo, sí acostumbra a ser sencilla  
toda verdad, hermosa y simple  
igual que un niño, un pájaro, un estanque,  
el presentimiento de un hábito agradable.  
Siempre traerá silencio, pero nos seduce  
como seduce al rayo el árbol inclinado.  
Invítame otra vez a un último momento  
feliz, donde secretamente  
sonrías, en mitad del absurdo carnaval,  
y hagas caer sus máscaras  
de piel disimulada  
y deshagas la cal del alma  
y justifiques la torpeza de todas las palabras,  
ya que jamás se encenderán, estoy seguro,  
los cirios del ocaso sobre tus cinco letras  
si en la historia te tiendes, y en la luz, y en los libros.

# Dionisia García

## LLAMADA

Si aquí estuvieras  
habría comentarios  
de este libro que leo.  
Son páginas que escuchan  
los latidos lectores  
de un corazón que añora  
ese vivir que fue  
y dice de los otros,  
de ese fulgor que alumbra  
tras andar el camino  
y las edades,  
con personas amadas  
que desaparecieron.

Ven si puedes ahora,  
es un libro que dice  
de verdad y belleza;  
es el *Árbol que tiembla*,  
un título que sabe.  
Sus palabras son guía,  
un decir añorante  
guardado en la memoria,  
dueña de los destinos.

Pide permiso y ven.

La grandeza del libro lo merece.

# Manuel Moyano

## POR EL VALLE DEL GOR

Bien, os hablaré ahora del valle del río Gor. Es posible que nunca lo hayáis oído mentar, y tampoco me extrañaría. Hay tantos rincones desconocidos a lo largo de este grande y variado país. Se encuentra en Granada, entre Baza y Guadix, pero para visitarlo hay que dejar a un lado la carretera general. El Gor es un afluente del Fardes, que desemboca en el Guadiana Menor, que desemboca en el Guadalquivir, que desemboca en el océano Atlántico, que desemboca en ninguna parte. También se lo llama río Verde, porque la frondosa vegetación de sus riberas representa una rareza en el paisaje desértico por el que fluye. No siempre lleva agua. Es muy corto y, sin embargo, está repleto de maravillas.

Si os animáis a visitarlo, podéis empezar por la cabecera del valle, el pueblo de Gor, al pie de la sierra donde nace el río. Tiene una fuente con azulejos de siete caños y su plaza de toros se encuentra dentro de un antiguo palacio ducal, lo cual ya es extraordinario en sí mismo. Ahora, continuad vuestro camino cauce abajo. Veréis la aldea de Cenascuras, apenas una línea de casas al borde del abismo. Nuestro río ha excavado un profundo cañón en el paisaje desnudo y ésa es una de las maravillas de Gor, porque parece que nos halláramos en algún paisaje africano, en la garganta del Olduvai o en el valle del Rift. Inmediatamente percibimos que el lugar es muy antiguo, e imaginamos deambulando por él a los primeros seres humanos que habitaron la región.

Y no nos equivocamos. Hay un cuarto de millar de dólmenes en las laderas del cañón del río Gor, el lugar con más concentración de megalitos del continente. Muchos conservan casi intactas todas sus antiguas y enormes piedras. Es emocionante caminar entre estas viejas sepulturas, pero, a la vez, nos sume en una vaga melancolía, porque nos recuerda la inanidad de nuestra existencia. Quienes levantaron estos dólmenes pretendían perpetuar su memoria, no ser borrados por el olvido. Quizá fueron personajes destacados; quizá ejercieron el poder y despertaron el odio o la envidia o la admiración de los otros. Han transcurrido más de cinco mil años desde que los construyeron. Absolutamente nadie sabe hoy quiénes fueron sus ocupantes.

Cuánta belleza desprende el pueblo de Gorafe, su contraste entre el blanco intenso de las fachadas y el ocre desnudo del paisaje. Asombra el empecinamiento del ser humano por hacer habitables lugares aparentemente inhóspitos. Muchas de las casas están excavadas en la tierra, y las empinadas callejuelas, estrechas y retorcidas, recuerdan un pasado musulmán no tan remoto. Aquí

elaboran un vino recio y parecen hallarse al margen del mundo. Lo que más me sorprendió de Gorafe fue subir a su ruinoso castillo, no por el castillo en sí, sino porque desde él se oteaba un valle a espaldas del pueblo donde se hallaba un bello y solitario cementerio: el Gorafe de los muertos.

Pero sigamos por el Gor aguas abajo. Allí encontramos otro lugar tan aislado como inesperado, el balneario de Alicún de las Torres. Sus aguas medicinales ya fueron disfrutadas por los romanos: todo rezuma antigüedad aquí. Hay un acogedor hotel de notables dimensiones, y una piscina termal al aire libre cuyo restaurante conserva un evocador aire de los años sesenta —la época de mi niñez—. Teresa y yo pasamos dos días en aquel lugar, hacia finales de agosto del año 23. Recuerdo que me llevé para leer las memorias de Anthony Burgess, porque en otoño teníamos previsto viajar a Malta. Recuerdo que una de las socorristas de la piscina se parecía mucho a nuestra hija. Recuerdo que fuimos felices allí.

Sin embargo, lo más memorable de aquel viaje estaba por llegar. Poco antes de abandonar al hotel conocimos al dueño y heredero del balneario, Fernando Medialdea. Algo más joven que nosotros, cuando le mostré mi interés por los megalitos de la zona, una luz pareció encenderse en su mirada y nos acompañó a dar un paseo por el cercano Llano de la Ermita, una meseta que permitía contemplar el paisaje circundante. Nos hizo reparar en una estructura que habíamos visto junto a la piscina sin saber de qué se trataba. Era la acequia del Toril, un acueducto levantado por los remotos hombres del Neolítico, tal vez el más antiguo del mundo, recreado de manera natural por la precipitación de los minerales contenidos en el agua medicinal.

Medialdea estaba convencido de la importancia espiritual de aquel enclave. Ingeniero industrial, no era un hombre que pareciera moverse por lo material. Entendí que, en el pasado, había tenido algo así como una experiencia mística, una especie de revelación. “Todo esto”, nos dijo, “es un sueño. Dios nos ha introducido en él para poder experimentar el amor. Cuando termine el sueño, o sea, la vida, seguirá nuestra verdadera existencia”. Le dije que me parecía una idea hermosa, aunque jamás podríamos comprobar si era cierta; al menos, no en este plano de la realidad.

Junto a la vieja ermita cristiana se alzaba una descomunal sabina. Los megalitos semienterrados repartidos por la meseta eran más grandes y estaban mejor conservados que los de Gorafe. Nuestro cicerone nos aseguró que el lugar estaba recorrido por corrientes telúricas conocidas ya por el hombre primitivo, quien había dispuesto en función de ellas aquellas sepulturas. Me sentí incrédulo, incluso cuando nos hizo una demostración con su varita de zahorí. Eso fue hasta que me permitió usar uno de sus instrumentos de cobre y yo mismo sentí cómo la varita giraba hacia mi pecho al aproximarme a uno de los megalitos. No dudo de que el fenómeno tuviera una explicación física, pero me dejó fascinado. Tengo que volver allí.



## Javier La Beira

### GUADALAJARA, ALCALÁ DE HENARES, SORIA

**18 de marzo de 2015**

[...]

Viaje superlativo en AVE hasta Madrid: tren comodísimo y duración breve. Alterno la observación del paisaje con la lectura de los libros de Roth y Pushkin. Significativas menciones de este último, por evidente afinidad estética, a Lord Byron. Tomo el aperitivo en la cafetería del tren, y al pasar por Puertollano, me vienen a la memoria las tardes de domingo de la infancia, con la radio futbolera conectando con el estadio del Calvo Sotelo de Puertollano, un equipo entonces en segunda división, a punto de subir a primera.

Atocha es un enjambre estresante, pero el Alvia nos deja en Guadalajara en un pispás.

Almuerzo estupendo en Miguel Ángel, restaurante castellano *de toda la vida*. Tras el revuelto de boletus, unas manitas rellenas dignas de elogios. El dueño, otro castellano de toda la vida pero dicharachero, apostilla que "son como las de Zalacaín".

El hotel, en la estupenda línea de los AC. De camino, pasamos por la puerta del Palacio de los Duques del Infantado. Verdaderamente hermoso, hace justicia a su fama. Ya lo veremos con calma y por dentro.

Cena de cañas, vinos y tapas.

**19 de marzo**

Temprano, camino de Alcalá de Henares en autocar. El bus se adentra en las lindes oficiales de la llamada Campiña de Guadalajara, Alovera, un pueblo de casas modernas y ordenadas, cuya mejor credencial es que en sus afueras se encuentra la fábrica de cerveza Mahou, mi preferida de todas las cervezas del mundo (y lo afirma quien ha probado unas cuantas). Poco después, ya en el llamado Corredor de Henares, entramos en Azuqueca de Henares, de similar fisonomía.

Una vez en Alcalá, nos apuntamos a la visita guiada por la ciudad. El Corral de Comedias tiene una arquitectura actual y una historia verdaderamente interesantes. La antigua parroquia de Santa María, hoy conocida como Capilla del Oidor, fue la iglesia donde bautizaron a Miguel de Cervantes, pero la quemaron durante la Guerra Civil, por lo que solo quedan los restos del ábside, una solitaria torre y las capillas laterales, que, restauradas, se han convertido

en sala de exposiciones. La exposición actual trata sobre el propio Cervantes.

De allí nos dirigimos a la hermosa plaza de San Diego. Admirable el antiguo Colegio Mayor de San Ildefonso, hoy Universidad de Alcalá de Henares. La portada del edificio, plateresco fino, impresiona por su belleza. Los patios interiores también son una gozada para los ojos. Como recalcó el guía antes de comenzar el recorrido, la obra que llevó a cabo el cardenal Cisneros en Alcalá es impagable. El paraninfo, espacio donde se entregan los premios Cervantes, culmina el recorrido por la Universidad.

Medio lloviendo, llegamos a la Calle Mayor. Dícese -con permiso de los palentinos- que es la vía *soportalada* más larga de España. Está, de eso no cabe duda, animadísima. Visitamos la Casa Natal de Cervantes y después nos dirigimos al bar Nino, que tiene fama de cocinar los mejores champiñones del mundo mundial. Están ricos, pero yo les suprimiría su, aunque ligero, sabor a limón. Mi lucha contra la nefasta práctica de rociar de limón los platos de pescaítos de mi ciudad, cuyo efecto inmediato es aniquilar el sabor genuino de cada uno, encuentra aquí su correlato.

Ya de vuelta en Guadalajara, Isabel se queda descansando en el hotel y bajo a un bar cercano, a leer y tomar un ron de Cuba. El bar tiene el frigorífico a la vista, junto a la barra, lo que me recuerda la pintoresca llegada de los frigoríficos a las casas de España, ya que, al no estar prevista su existencia en las construcciones, no se sabía dónde encajarlos. Sobre ese asunto publiqué un artículo en *La Opinión de Málaga*. En mi casa natal estuvo, durante muchos años, en lo que llamábamos cursivamente *hall*, o sea, el vestíbulo o entrada.

Degustando ron y lectura, suena mi móvil y es un mensaje por Facebook de Elsa, nuestra amiga habanera. ¡Qué visionario aquel Mc Luhan!

A las 18:03 h, recibo un WhatsApp de Isabel: "Te echo de menos".

Tapeamos por Guadalajara de noche, sin nada destacable, y nos vamos al hotel a las 23:10 h.

## **20 de marzo**

Muy descansados tras un buen dormir, emprendemos el recorrido histórico-artístico por Guadalajara, que ya era hora. Dejamos para el domingo la joya, el Palacio del Infantado, pero visitamos una serie de edificios: la iglesia gótico mudéjar de Santiago, que al cabo fue la más hermosa de todas; en la misma calle, el Convento de la Piedad y el Palacio de Antonio de Mendoza, cuyas portadas son destacables; la Concatedral, interesante por fuera al amalgamarse tres estilos arquitectónicos, pero decepcionante por dentro (¡ese suelo nuevo, por Dios!); el Palacio de la Cotilla, con su curioso salón chino, decorado con papel pintado de arroz (dinastía Qing); la Capilla de don Luis de Lucena,

con los frescos de las bóvedas; y, finalmente, la Iglesia del Convento de San Francisco, que luce un bello techo en su Altar Mayor y, sobre todo, en su cripta, bajo el ábside, el sorprendente panteón de la familia Mendoza, realizado a semejanza del Real de El Escorial.

Quedará para otra visita -posiblemente para nunca- la visita al Panteón de la Condesa de la Vega del Pozo, de indudable interés, porque a las dos de la tarde se nos impone el aperitivo. Dos buenas nuevas nos aguardaban en este terreno: el descubrimiento, al fin, de un bar bonito, elegante en su decoración moderna y bueno, llamado La Carrera. Y el inicio, este fin de semana, de la Ruta de la Tapa en Primavera, consistente en que cada uno de los bares participantes elaboran dos tapas creativas, que presentan a concurso y sirven a un euro cada una. En La Carrera, las tapas se denominaban "Bonito escabechado con caviar de pimientos rojos asados" y "Trampantojo de morcilla de arroz con espuma de salmorejo", un espectacular sushi de arroz negro. Continuamos la ruta en El Velero y, finalmente, la cervecería Montemar, donde disfruto de una "Croqueta de marisco" y una "Cazuelita de ragout con setas".

A media tarde, tomamos el autocar, rumbo a Soria. El conductor luce un simpático *look* de cantante de los setenta, estilo Umberto Tozzi cruzado con el moreno de Pecos, y el autocar tiene ¡pantalla de viaje, wc y wifi! Qué cosas tiene el siglo XXI.

Llueve por el camino, primero a través de la Alcarria Alta, donde contemplamos el castillo de Jadraque, impresionante en lo alto de su cerro, y pasamos por Hita, el pueblo donde Juan Ruiz fue Arcipreste. Por cierto, esta mañana hemos visto una placa en el Convento de San Francisco de Guadalajara que rezaba que allí escribió Ruiz el *Libro de Buen Amor*. ¿Será cierto?

Voy leyendo, uno tras otro, lentamente, saboreando la lectura, los poemas de *Campos de Castilla* en la primera edición del libro de Machado, y pensando que soy muy dichoso con la mujer que tengo a mi lado.

Llegados a Soria, el hotel Apolonia es un prodigio de aprovechamiento del espacio con inteligencia y astucia. La amabilidad y disposición del personal también es extrema. Así se explica que un hotel de dos estrellas -hacía más de un cuarto de siglo que no me alojaba en uno- sea considerado el mejor de la ciudad. El precio, como es de prever, corresponde a los de cuatro estrellas, pero se da por bien empleado.

Llueve y hace fresco, como esperábamos. El aprovechamiento experto que tengo de las noticias y comentarios que aparecen por internet nos conducen, después de una rápida ojeada a la Plaza Mayor, a Vinos Lázaro, el establecimiento más antiguo, y no lo oculta, y merece la pena un rato, y al Bar Poli, cuyos champiñones, para mi gusto, mejoran incluso los de Alcalá, así como el pinchito de riñones, que tanto le gusta a ella, está aquí superior.

La noche termina en un pub de copas lleno de gente, caro, antipático, timador e inapropiado ya para nosotros. Un fiasco.

## 21 de marzo

Madrugamos para conocer Soria.

Alquilamos audioguías en la Oficina de Turismo, pero el frío es tan intenso y estamos tan poco preparados para él que cuesta trabajo (no es exageración literaria, lo juro) mantener la mano fuera del bolsillo para oír las indicaciones.

Muy hermosa la iglesia de Santo Domingo, fascinantes los palacios de la calle Aduana Vieja, divina la plaza e iglesia de San Juan de Rabanera (la recomendada por mi hermano Aldo) y, especialmente, el Palacio de los Condes de Gómara, que me confirma que, en líneas generales, me gusta mucho más la arquitectura civil que la religiosa. Bien la Plaza Mayor.

Al olmo viejo se le ve tan supuesto que me deja impasible, pero, ante la iglesia del Espino y el cementerio, no puedo dejar de imaginarme a Antonio Machado recorriendo estos espacios.

Subimos al Parador y bebemos un café contemplando "por donde tuerce el Duero / para formar la curva de ballesta de un arquero / en torno a Soria". Recuerdo intensamente a María del Mar.

A la vuelta, tomo unas fotos del monumento de recuerdo a Gerardo Diego en la puerta del casino y se me ocurre un relato breve que, creo, acabaré escribiendo.

Tapeamos por el centro de la ciudad hasta que nos llega la hora de llegarnos a la estación del tren, provinciana como no veía yo ninguna desde hace unos 25 años. Un tren vacío nos va devolviendo a Guadalajara mientras acabo la lectura de Campos de Castilla. Imposible no conmoverse al leer el final del poema *A José María Palacio*.

A las 17:50 h asoma en el horizonte el primer rayo de sol que vemos desde que el miércoles nos levantamos en Málaga para comenzar nuestro viaje. Dura apenas dos minutos.

Avanzo en *Eugenio Oneguin*, donde, en la descripción de una reunión mundana que tiene lugar, se lee: "Las mesas verdes están preparadas para los empedernidos jugadores de Boston, de *omber* y de *whist*; todos estos juegos, conocidos hasta hoy día, forman parte de la misma familia: el aburrimiento". He aquí mi concepción de los juegos de mesa.

Llegamos cansados a Guadalajara, pero al ser nuestra última noche, hacemos el esfuerzo de salir: tapeamos en La Carrera y, continuando la Ruta de la Tapa, en un bar asturiano, Arriaca Café ("Bocadito de pisto" y "Emberzao"). Al despedirnos del chico que lo regenta, nos pregunta de dónde somos y ex-

clama "¡Este es el sitio más triste de España!". Lo peor son sus ojos, tristes de verdad.

Bajando por la Calle Mayor, entramos un momento en la iglesia de San Nicolás, abierta a esas horas. El retablo del Altar mayor impresiona de veras. También me impresiona, a la salida del templo, un mendigo al que doy una limosna, uf, con ese frío.

A las 22:50 h apagamos la luz de la habitación del hotel, rendidos. Ella se duerme en segundos, y yo, en minutos.

## **22 de marzo**

Despertamos a las 8,30 h, verdaderamente descansados. Visitamos el Palacio del Infantado, al que anoche se veía reluciente desde la ventana de nuestra habitación del hotel. Admirable patio, pero pobrísimo Museo de Guadalajara. Mala suerte al estar de restauración, y por tanto no visitables, las salas que, al parecer, se conservan de la época.

Bonito jardín junto al Torreón de Álvaro Fáñez ("¡Albricias, ca echados somos de tierra!") al hotel, ya de vuelta, lo que es una constante en esta ciudad: los jardines abundantes y cuidadísimos.

Tren de vuelta, con transbordo coñazo en Atocha. Me llama la atención que la camarera de la cafetería del AVE esté leyendo, en los ratos en que no hay clientes, un libro titulado *97 maneras de fortalecer la autoestima*.

Leyendo *Eugenio Oneguín*: me gustan las interrupciones del narrador, son muy modernas, sobre todo las que habla de él mismo.

Llegada, por fin, a casa. Paula nos recoge en la estación. ¿Cómo era aquello de "hogar, dulce ídem"?

# Hipólito G. Navarro

## TRÍPTICO DE CORTEGANA

(Dos visitas trasnochadas y una rememoración)

### 1. CORTEGANA MONAMUR

Por las chicas en bañador de los carteles de la vieja mercería de la esquina han pasado algunos veranos haciendo estragos. Tomaron tanto sol que ahora todas presentan el mismo color, un cián desvaído muy distinto del bronceado que lucieron las muchachas reales que sirvieron de modelo para las fotos. Lo único que las salva, ya que no el brillo de sus miradas ni la alegría de colores de su escasa indumentaria, es que sus sonrisas, por más viradas al azul que estén ahora, siguen teniendo aquellos maravillosos veinte años. Cada mañana, de camino al trabajo, me asalta el mismo temor cuando me acerco al escaparate: que el mercero haya decidido cambiar los carteles, y aparezcan en su lugar unas señoras trajeadas en otoñales ocres y grises, muy guapetonas y elegantes, pero para nada dignas de mi atención.

Parecido temor me acompaña en el viaje que realizo el primer día de lluvia de cada otoño a los pueblos de mi adolescencia: que haya cambiado tanto su fisonomía que no pueda reconocerlos ya como míos. Es un viaje fugaz que repito desde hace cuarenta años de manera obsesiva, en el que recorro ensimismado las calles evitando el paisanaje, pues es éste un regreso al lugar, no a las gentes, un regreso solitario y melancólico, donde voy a buscar de manera infructuosa siempre al que fui hace ya tanto. El de este año ha venido a repetir más o menos el anterior: de los tres pueblos que visito, dos viven ahora del turismo y se mantienen intactos, excesivamente intactos, tal las postales que los representan. Cada año me sorprenden menos. El otro pueblo, el más mío, progresa en su deterioro a la par que mis huesos, decadente, arterioesclerótico, mermado. Tan sólo su castillo permanece más o menos igual, el resto luce muy atiborrado de caries. Incluso de los tres locos que alegraban su plaza en aquel entonces sólo queda ya uno, bastante viejo. El día que regreso, paseando bajo el paraguas, recupera el lugar algo de su esplendor: al menos, cuando cruzo la plaza, sin estar todos, volvemos a ser dos. También en fotografía, el pueblo y yo sonreímos en sepia, cuarenta años atrás.

## 2. LUZ DE ANTORCHAS

Visito de manera casi clandestina la montaña que da sombra al pueblo de Cortegana, en las estribaciones occidentales de Sierra Morena, en la Sierra de Huelva, a muy pocos kilómetros de la frontera con Portugal.

Sobre esta montaña, desde la que en días claros puede verse, oteando al sur, la costa misma del Atlántico, y en días oscuros, mirando al oeste, las intenciones de los lusitanos, reposa la delicada mole de un castillo medieval que me sé de memoria. Lo mismo con toda seguridad podrían decir de mí, de poder hablar, tanto el castillo como la montaña. Es decir, no por supuesto que aupada la montaña en mí, y mirando al norte, en días luminosos, pudiera ésta ver las tierras extremeñas, y escudriñando al este, en días de niebla, pudiese adivinar incluso las dobles intenciones sevillano-gaditanas, que pudiera ser, sino que tanto la montaña como el castillo tienen por fuerza que saberme también a mí entero y de memoria. Por lo menos es lo que me gustaría pensar. Tenga en cuenta el lector que estas laderas, estas piedras, amén de haberme soportado durante la mejor edad del pavo y los peores años de la adolescencia, deberán albergar alguna vez, incineración mediante, mis dudas todas juntas y para siempre.

Pues bien: por esta montaña y este castillo que ahora visito de forma silenciosa, clandestina, como digo (es una visita al lugar, no una visita al lugareño), han pasado ya las hordas de unas cuantas jornadas medievales, demasiadas quizá. Es lo que viene a suceder en cuanto confluyen en una villa con posibles un agosto muy turístico y una bien masticada idea de evento multitudinario. Si para colmo se ponen a dar noticia del asunto unas cuantas cadenas de eso que absurdamente convenimos en llamar todavía televisión, la suerte está echada. Los festivales de verano con larga cobertura informativa terminan por revestirse casi siempre con el carácter de la horda. Lástima.

Así se pueda asegurar en verdad que la suma de espectáculos estuvo francamente bien (entretenidos los torneos, justas las justas, callejeados los pasacalles, bien abastecidos los diferentes mercados de manufacturas y alimentos, con los productos convenientemente codigobarrados y las fechas de caducidad muy bien impresas, todo sorprendentemente bien conservado para querer ser medieval), las consecuencias de la masificación son más que evidentes. Quizá limpien mañana, pero en mi visita de esta tarde tropiezo aún con abundantes restos poco o nada biodegradables que entorpecen el paisaje, la vegetación verde que aportó sombra y oxígeno al lugar se ve ahora bastante tristonera y empolvada, con sus distintos matices de color muy uniformados, los suelos fotosintéticos parecen haber sido pisados por las herraduras de los caballos de Atila, y nada digamos del interior de la fortaleza, que no me atrevo a visitar...

Pero lo peor de todo, ay, son los recuerdos que yo venía a buscar en el silencio de la tarde. Ahí es donde más me duele. Están ahora esos recuerdos bastante enmarañados, sucios, como violentados, me atrevería a decir que hasta borrachos. Dos de ellos, los que yo más quería, achispados como nunca, hasta las cejas de hidromiel, se me quedan mirando burlones, sonrían, y me sacan la lengua. Su borrachera es medieval; su mofa, evidentemente contemporánea.



### 3. LA RELECTURA, OBDULIA

Poner un disco que no escuchaba desde hace veinte años me ha traído a la memoria un chaparrón de recuerdos que andaban tan aparentemente perdidos como bien apretados de sustancia y significación. Suele ocurrir. Quizá por eso mismo vaya dejando uno que sobre ciertas músicas se acumulen las telarañas del olvido, para así en el momento del regreso revivir aquel entonces con mucha más intensidad.

Otro tanto me sucedió esta mañana con un perfume. No sabría ahora explicar su naturaleza, pues poner palabras a un olor es siempre tarea muy complicada, cuando no el argumento perfecto para enhebrar una retahíla de torpes metáforas. De no tener tan desarrollado el sentido del ridículo podría decir que eran los más o menos tolerables efluvios de algunos excrementos animales sobre un lecho de yerbas aromáticas, o algo por el estilo.

Que la música que acabo de escuchar y ese insólito perfume de la mañana hayan resultado estar fuertemente unidos en la memoria es algo que recién descubro, gracias a un tercer elemento más poderoso aún que todos los sonidos y los olores juntos: la relectura de un libro de mis años adolescentes, que leí por primera vez bajo la luz de Cortegana de los dulces días de la vacación. Parecerá rebuscado, pero es de una sencillez pasmosa sin embargo: se habrá puesto en marcha alguno de los mecanismos menos domesticables de la nuez profunda del cerebro. Ayer, como cada verano, recuperé una de aquellas novelas que me despertaron la pasión de leer, uno de los placeres más inmensos que conozco si separamos el otro, ése que usted está pensando, sí. Desde ayer revivo la historia que se cuenta en sus páginas con la emoción de los años muchachos incrementada con las emociones de cuarenta años de otras lecturas que me hacen volver sobre aquella con más cariño aún. Y no sólo recupero la historia: también me recupero a mí leyendo en el umbral de la puerta de mi vecina Obdulia, rodeado de macetas de albahaca, mientras oigo las músicas que ella pone en el comediscos y padezco pituitariamente los regalos que en el centro de la calle depositan los caballos que suben al castillo. ¿Dónde estarían ahora Obdulia, su música atravesada de chisporroteos, la albahaca y los caballos, si no hubiese leído entonces este libro, su entramado de fibras de celulosa en el papel luciendo bajo el sol del estío igual que entonces?, me pregunto. En Cortegana, desde luego, hace ya mucho, muchísimo tiempo que no.

# Àngels Gregori

## TRES POEMAS

Àngels Gregori (Oliva, 1985-) es una de las poetas más importantes y representativas de la actual poesía en lengua catalana. Ganadora, entre otros, de premios como el Ausiàs March (2007) o el Vicent Andrés Estellés (2017), Gregori ha dirigido el festival Poefesta de su Oliva natal desde que lo fundó en 2005, convirtiéndolo en uno de los festivales poéticos más importantes en todo el territorio nacional. Más recientemente, Àngels ha pasado a presidir la Fundación Francisco Brines, siendo miembro además de la Academia Valenciana de la Lengua. Sus libros publicados son *Bambolines* (2003); *Llibre de les Brandàlies* (2007); *New York, Nabokov & Bicicletes* (2010); *Herències* (2011); *Quan érem divendres* (2013) y, el último hasta la fecha, *Quan els grans arbres cauen* (2017).

La poesía de Àngels Gregori es sencilla y sin artificios retóricos aparentes, pero con un claro sustrato de muchas, variadas y profundas lecturas poéticas. Sorprende la naturalidad con la que asume como propias voces como las de Elizabeth Bishop o Maya Angelou, a quien alude con el título de su último libro. Su poesía, pese a estar muy enraizada en los paisajes locales de su patria chica<sup>1</sup>, es también muy abierta a la poesía de diferentes tradiciones; la americana en lugar preferente, pero también la de lengua española (Brines o García Montero) y, naturalmente, la de lengua catalana (Estellés, Piera, Pessarrodona...).

Texto introductorio y traducción del catalán de  
Eduardo Gregori<sup>2</sup>

---

1 Este "ideal de la felicidad", como ella misma escribe en el primer poema traducido, se corresponde con la comarca de La Safor, al sur de Valencia, de donde son oriundos -aparte de la propia autora- poetas tan importantes en la tradición española y catalana como Francisco Brines, Josep Piera, Enric Sòria o, *il miglior fabbro*, Ausiàs March.

2 A pesar del apellido, por lo demás bastante poco común y muy localizado en las comarcas del sur de la provincia de Valencia, no tengo relación familiar alguna con la poeta.

## PLEGARIA

[de *Quan els grans arbres cauen*]

Que si tiembles sea yo quien te haga temblar.  
Que te rodees siempre de gente que te haga reír,  
pero que sea siempre conmigo con quien te rías más.  
Que no te caigas nunca, pero si caes,  
que sea yo la que esté a tu lado.  
Que viajes tanto que llegues a confundir los océanos  
y te acostumbres plácidamente a las diferencias horarias.  
Que reconozcas el gusto del café de cada sitio al que vayas.  
Que todo sea hermoso, por difícil que parezca,  
como un mueble feo al que, con los años,  
le hemos ido encontrando la gracia y la costumbre.  
Que no busques nunca hasta el fondo de las cosas  
(normalmente la gente no llega nunca  
hasta el fondo de aquello que se escapa entre las manos).  
Que no te derrumbes, pero que si lo haces  
tengas siempre cerca salidas de emergencia.  
Es allí donde te espero, al final del pasillo,  
como se esperan los extintores para apagar los incendios,  
vigilante y alerta para extenderte largamente las manos.

## OLIVA

[de *Llibre de les Brandàlies*]

*El principio y el fin son un pueblo, Françoise.*  
Vicent Andrés Estellés

En el pueblo se quedó mi adolescencia  
guardada en una caja de cerillas.  
También se quedó el ansia  
de todas mis primeras cosas:  
el primer porro  
el primer amor  
el primer dolor  
el primer poema  
la primera moto  
el primer cine  
el primer viaje  
el último año de instituto.  
En el pueblo se quedó la lengua de mi infancia,  
la del color de la escarola y la aspereza de las borrajas,  
la que aún ahora, al hablarla en Barcelona, no me entienden.  
En el pueblo se quedó la casa con la piscina y las palmeras  
donde pasábamos los veranos en familia,  
que también se quedó,  
y con los que ahora, cada vez que regreso, comemos juntos los sábados.  
En el pueblo se quedó la plazoleta  
que ha sido, desde niña, mi ideal de felicidad  
y que, para mí, decir la plazoleta es como si por ejemplo Brines  
dijera Elca o Josep<sup>3</sup> hablara de La Drova.  
En el pueblo se quedó mi colección de fósiles  
encontrados en las montañas de la Fuente del Olmo.

---

3 Josep Piera (1947-). Poeta y narrador valenciano, en lengua catalana. Premio de Honor de las Letras Catalanas (2023). La Drova es una pedanía en la comarca de La Safor, donde Piera reside, y que ha sido una fuente constante de inspiración en muchos de sus poemas y textos memorialísticos.

Y se quedaron las huertas por donde pasábamos  
al salir de clase en el tiempo del instituto,  
que ahora lo derribarán porque la esclerosis de los años  
ya no lo aguanta.

Y se quedaron los abuelos  
y se quedó mi madre y se quedó mi padre  
y se quedó mi tía y también mis primas.  
Y reparcelaron los caminos de El Tou,  
que desde siempre me llevaron directamente al azul del mar,  
como la entrada en barco, de madrugada, al puerto de Palma de  
Mallorca.

En el pueblo se quedó la ilusión,  
la mía, la de irme a Barcelona y regresar,  
aún hoy, para ver el pueblo con la distancia  
justa y necesaria,  
la de estar allá sin poder dejar de estar aquí.  
Y ahora que todo esto me pasa,  
ahora que voy y vengo entre las cosas mías,  
pienso que Barcelona, para mí,  
es una cosa muy importante:  
es saber que siempre puedo regresar a Oliva.

## SUBWAY

[de *New York, Nabokov & Bicicletes*]

Hay cosas que a los veinte años ya se saben  
si has viajado a Nueva York  
y has visto todas las nacionalidades  
en un vagón de metro.

A los veinte años aprendí  
a cerrar una puerta sabiendo que sería  
la última vez.

A los veinte años aprendí  
que hay miradas que quisieras  
que te acompañaran siempre,  
como hay músicas que no puedes dejar de escuchar,  
como hay versos que no quisieras olvidar

-Hazte hombre, te digo, como yo a veces me hago mar-...<sup>4</sup>

A los veinte años aprender a poner unas sábanas  
en la lavadora sabiendo que sería  
la última vez que las usaríamos.

A los veinte años aprendí  
que cada vez que escribo la palabra  
amor en mis poemas

después las manos me huelen a ceniza.

Hay cosas que a los veinte años ya se saben  
si has cogido sola el metro en Nueva York  
para ir de un sitio a otro

y nadie te buscaba,  
como aprender, por ejemplo,  
que el amor de los padres es igual  
a los libros en una estantería:  
que siempre están y siempre esperan.

---

<sup>4</sup> Verso del poema *Monumento al mar*, de Vicente Huidobro. En castellano en el original.

## Dalia Alonso

### LAS LECTURAS DE AURORA

Aurora Luque, nacida en Almería, es una poeta clásica en todos los sentidos de la palabra. Su obra de los últimos (o los primeros) cuarenta años acaba de ser recogida en su poesía reunida, *Las sirenas de abajo* (Acantilado, 2023), un volumen que testimonia las cualidades de esta laureada poeta.

De voz siempre intensa y fresca, su obra es un *mélange* de imágenes, culturas y playas que parece gozar de recursos infinitos. En 2023, los lectores asistimos al punto álgido de la producción de Luque: con varios libros de poemas por detrás y previsiblemente unos cuantos por delante, podemos acercarnos a su poesía escuchando las voces del pasado, las del presente y las del futuro, así como las voces de quienes, jóvenes aún, imitan y sacan jugo a su voz poética a través de sus propios textos. Tomémonos este pequeño artículo como un alto en el camino. A modo de retrato y panorámica hablaré a continuación de las lecturas de Aurora: tanto las que ella ha hecho e incorporado a su poesía como las que otros han hecho sobre ella.

#### LO QUE HA LEÍDO AURORA

Luque es una poeta que aúna un don intrínseco para el lenguaje poético con una enorme cantidad de lecturas y referencias que se observan, de manera más o menos tácita, en sus textos. Luque, filóloga clásica de formación y reciente doctora por la Universidad de Salamanca, ha desarrollado su carrera profesional como profesora de griego antiguo en Secundaria, por lo que no nos extraña que una gran parte de sus imágenes y referentes pertenezcan al mundo grecolatino. Esta es, de hecho, su seña de identidad: el gusto por lo mediterráneo, especialmente por lo griego, que utiliza como centro y como zona de paso en muchos de sus poemas. Ella misma se confiesa en el poema *Gel*: "Me punza una emoción tan anacrónica/ un penoso latir, hondo y absurdo,/ por ese mar. Por ese solo mar. Busco una dosis/ de mares sucedáneos". El Mediterráneo y sus variaciones, como digo, empapan toda su obra, pero le sirve también para llegar a otras orillas: memorables son sus incursiones en el lenguaje publicitario, presentes en casi todos sus libros, así como las personales lecturas de otros autores como Keats o Machado y las menciones de temas tan dispares como Steve Jobs y las Alsinas. Luque, como todos los grandes poetas, no busca la poesía: la encuentra.

Y si hablamos de lecturas que han marcado a nuestra poeta, quizá las más

importantes son sus traducciones. Ella misma, en el prólogo a *Los dados de Eros*, habla de la traducción como un proceso que ante todo, es una lectura: "Inicié esta traducción para leerme a algunos autores, para releer lentamente a Safo, a Íbico o a Anacreonte en sesión privada". Luque ha traducido del griego clásico, del griego moderno, del latín, del francés y, recientemente, del inglés, siempre con un interés centrado en los poetas y, sobre todo, las poetas que mostraban alguna relación con el mundo clásico, como es el caso de Renée Vivien y Anne Carson.

No sólo las palabras de otros abundan en el verso de Luque, sino también otras manifestaciones artísticas, quizá la más destacada la música. Ella misma lo dice en el poema *Cócteles de La siesta de Epicuro*: "Ningún poema vino/ jamás a mí sin música/ [...] Yo soy yo más Euterpe y Dioniso". Numerosos de sus poemas refieren músicas concretas, como Bellini, la copla, el tango, el jazz... Particularmente emotiva me resulta su reinterpretación del *Coro de las espigadoras* de la zarzuela *La rosa del azafrán* de Jacinto Guerrero en el poema *Espigar*, incluido en *Gavieras*, y en el que recuerda un LP que tenía en casa. Y, hablando de música, también la mencionó Aurora Luque durante el encuentro que mantuvimos el pasado marzo en Gijón con ocasión del Festival Poex. Comentó entonces su rutina de escuchar un mismo disco una y otra vez en temporadas de escritura, y en la conversación surgieron nombres tan variopintos como Carlos Cano, Debussy y Schubert, música griega tradicional o la banda sonora de *Las amistades peligrosas*.

Otras influencias artísticas en su poesía son el cine y la televisión, aunque en menor medida. Gracias a todas estas pasiones reflejadas en el verso, Luque adquiere una característica de la que solo los mejores autores presumen: ser una poeta puramente contaminada.

## LOS QUE HAN LEÍDO A AURORA

Aurora Luque, tras toda una vida leyendo, figura actualmente entre las autoras de poesía más leídas y mejor valoradas en castellano. Durante su trayectoria ha recibido numerosos premios. El Premio Nacional de Poesía es el más destacado, aunque le precedieron otros no menos importantes como el Premio Loewe o el Premio de Poesía Generación del 27. Sin embargo, el galardón más importante, y el que garantiza la posteridad, es la pasión de los lectores por sus textos y, sobre todo, de los nuevos poetas, que al robarle versos o intentar imitarla sellan la importancia de su trayectoria.

La cuestión de las influencias es compleja en tanto que a veces no son tan evidentes como parecen. Hay más influencia oculta en un lector ávido que en una cita literal; por ello, apenas me atrevo aquí a ofrecer una pequeña nómina



de jóvenes poetas que creo llevan la impronta de Aurora Luque en sus versos. Quizá podríamos hablar de la semejanza, en tonos y en temas, de poetas como Lola Tórtola, que nos hablaba de Grecia y Roma en su accésit del Adonáis *Los dioses destruidos*. En esa misma edición del Premio Adonáis se alzó con el galardón el murciano Luis Escavy, quien, siendo también filólogo clásico y profesor, no suelta la mano a la herencia grecolatina en su poemario *Victoria menor*. Otra lectura más velada de Luque la podemos encontrar, por ejemplo, en la gijonesa Sara Torres, que en su *El ritual del baño* experimentó con la literatura fragmentaria y la creación de nuevos versos sáficos.

Por otra parte, y vista la pasión de nuestra poeta por la música, es de justicia que Christina Rosenvinge, presente también en aquel memorable encuentro gijonés, haya empleado las traducciones de Luque e incluso su voz recitadora para su espectáculo *Safo*, un poema escénico presentado por primera vez en el verano de 2022 en el marco del Festival de Teatro Clásico de Mérida. Este proyecto pronto verá la luz en formato disco con el nombre *Los versos sáficos*.

Más allá de todo lo que acabamos de mencionar, y sabiendo que se nos quedan muchos nombres en el tintero, terminaré diciendo que Aurora Luque ha traspasado el umbral más difícil de todos: el de la universidad. Su nombre se estudia ya en los grados universitarios de Filología Española, es mencionado con devoción entre muchos estudiantes de Filología Clásica y ha sido objeto de muchos estudios académicos. El pináculo de estos trabajos se encuentra en el volumen *No aceptaré más límites: Aurora Luque, gaviara y nómada* (Renacimiento, 2023), en el que la profesora Josefa Álvarez realiza un amplio y detallado estudio sobre la obra de nuestra poeta.

Estos son solo algunos ejemplos de la huella que Aurora Luque está dejando en la poesía y la literatura española del siglo XXI, pero vendrán muchos más. Seguirán y seguiremos leyendo a Aurora en diálogo amistoso con su pasado y con su futuro, siempre disfrutando de las vistas y de la obra de quienes la precedieron y de quienes nos acompañan.

# Juan Andrés García Román

## ENTREVISTA

Como la fruta del mosaico rojizo que le da nombre a su ciudad, Juan Andrés García Román es un poeta laberíntico. Nacido en Granada en 1979, ha dedicado su vida a la enseñanza universitaria, la traducción y la escritura. Tiene la bondad de responder hoy a nuestras preguntas un autor que nos ha hecho llegar la obra de Rilke (pienso en su traducción de *Sonetos a Orfeo*, recientemente publicada por la editorial Pre-Textos), la de los poetas del Romanticismo alemán en su *Floreced mientras* (Galaxia Gutenberg, 2017), así como la de otros autores como H. P. Lovecraft (con la traducción de *Un tenue éter indeterminado. Hongos de Yuggoth* en Pre-Textos, 2019) y que desde su propio caleidoscopio literario ha sido capaz de retorcer los límites del género, puliendo sus aristas en formas y contenidos: ya lo anunciaban entonces *El fósforo astillado* (DVD Ediciones, 2008) y *La adoración* (DVD Ediciones, 2011), para confirmarlo luego en *Fruta para el pajarillo de la superstición* (Pre-Textos, 2016) o su más reciente *Neorromanticismo* (Ultramarinos, 2023). No podemos seguir sin mencionar una antología que por su propio peso podría ser un libro con total autonomía: *Poesía fantástica* (Pre-Textos, 2020). Y es que el granadino es un autor inquieto, que crea y se aleja de lo creado como un saltimbanqui en busca de un nuevo lugar en el que posarse. Hablaremos con él de su poética (que es amiga y enemiga a la vez), de la manera en la que traducir puede o no influir en la escritura, y de toda la belleza que nos traen los libros y sus proféticas historias. Supersticiosos sean nuestros queridos lectores, porque en estas preguntas hay fantasía y misterio.

Texto introductorio y entrevista realizados por  
Laura Ramos

*Antes de comenzar a hablar de Neorromanticismo, creo que es importante que delimitemos cuál es tu concepción de la poesía. Muchos lectores pueden acercarse a tu obra con una idea en la cabeza de lo que es un poema y tener que confrontar, por ejemplo, la composición de La adoración (DVD, 2011), un libro que bien podría encontrarse en la sección de narrativa de una librería; o la de El fósforo astillado (DVD, 2008), que se divide en actos como una obra dramática e incluso tiene intervenciones de un apuntador. Tus obras tienen la virtud de no parecerse nada las unas a las otras, y esto implica una curiosa complejidad formal: ¿qué es para ti el poema o el género lírico?*

En primer lugar, muchas gracias por tu interés en mi poesía, Laura. Como sabes, es una costumbre muy extendida en las letras en español exigir de los poetas una parrafada de justificación metapoética, ¿una exculpación? La cuestión es que, después de escribir las que he escrito, he tenido siempre una sensación extraña, como de muerte o encierro, una sensación que se me pasaba al lanzarme a escribir algo que, sin pretenderlo de veras, contradecía lo dicho en esa poética. ¿Por qué? No lo sé, pero hay algo agónico, esquizofrénico, en esta búsqueda que llevo a cabo. A mí me hace gracia esa gente que habla con una certeza absoluta de la poesía, o de la amistad, o de política, o de la vida o, sobre todo, de cuestiones morales. Tenía por ahí una suerte de aforismo muy malo que decía algo así: "llegar a la conclusión de que es cierta la reencarnación al comprobar la pericia

vital de algunos". Finalmente, lo que define a mi poesía es una búsqueda, quizás una búsqueda, nostálgica, de absoluto. Tiene un lado muy llorón y otro lado muy atlético: de acción. Son dos polos muy opuestos. Supongo que por eso mi poesía es rara. Para mí, escribir es ponerse en camino, en el sentido romántico; no hay nada antes de echar a andar. En fin, mi noción de poema es bastante dinámica. Lo que me aterra es escribir un libro que nazca, como un niño, muerto.

*Esta perspectiva disidente del poema se ve también en Neorromanticismo, aunque en este caso ya no pase necesariamente por una escritura en prosa. Antes de abordar aspectos concretos del libro, cuéntanos: ¿qué es para ti el neorromanticismo? ¿Por qué ese título?*

No estoy seguro de que ese título sea otra cosa más que una apuesta irónica, porque tiene una seguridad o una asertividad que no es mía, sino en la forma de una *boutade*: "Ah, conque mi poesía es infantil, juvenil o tontorrón. Pues vale, le daré este título teórico a ver si así cuela entre los adultos". Quizás debería haberlo llamado "Romanticismo", sin más, para acentuar ese efecto. Es una especie de apuesta por ver si algún crítico pica. Pero el supuesto Romanticismo de mi poesía acaso tenga que ver más con el anacronismo premeditado de muchos de sus símbolos y menos con el platonismo remilgado de alguien que detesta el tiempo en el que vive. También supongo que se evidencian en mi poesía las cuitas de ese fenómeno tan de nuestro tiempo: el vértigo es tal,

que vivimos en el filo de la navaja, de nuestro propio ánimo, de nuestra propia cordura... Es difícil "estar bien" en estos tiempos. Pero es que supongo que, a su modo, todos los poetas escriben así. La poesía es a vida o muerte. En eso se diferencia, creo, de otras escrituras más lúdicas u ociosas.

En otro orden de cosas, todo lo que ha sucedido desde finales del XVIII tiene elementos prestados del Romanticismo. Está en el lenguaje de nuestra cultura, incluso aunque no aliente un proyecto humano y utópico. Pero sí, por otra parte, creo que fue con el Romanticismo la última vez que la sociedad en su totalidad tuvo un proyecto de vida y de transformación. En ese sentido sí creo que la poesía, el arte, nuestro mundo en su totalidad, debe, como decía Novalis, ser romantizado.

*Hay una imagen especialmente llamativa dentro de la obra en la que colocas a la Virgen pisando la luna ("Esta noche la Virgen / Ha dejado pisadas en / La Luna / Virgen voladora"). Esto para mí no es una elección gratuita dentro de tu producción: recuerdo estudiar a los místicos del siglo XVI y maravillarme con su manera de acomodar elementos y tópicos de la tradición pagana para darles una nueva significación, en este caso religiosa. ¿Cuál dirías que es tu vinculación con la literatura mística? ¿Qué lugar ocupa la religión y las creencias en tu escritura?*

Es imposible escribir sin un proceso constante de reciclaje de mitos. Ese proceso puede ser más o menos creyente o más o menos descreído. Tengo poemas que usan ese lenguaje religioso con un substrato claramente

descreído, casi pagano, casi ateo. Pero luego hay poemas cándidamente creyentes, cristianos; supongo que los más sentidos. *La adoración* es un libro cristiano. Y a mí me gusta pensar en la figura de una talla barroca de la que mi familia fue siempre devota, en el barrio granadino de la Magdalena. Lo que pasa es que el virus del escepticismo ha cundido tanto en nuestra cultura que apenas nadie puede llamarse creyente del todo. Pero sí, yo creo, y creo que al hombre se le escapa una porción gigantesca de la realidad. Hay piezas de puzle que no encajan. La ciencia aún no tiene una explicación consensuada del fenómeno de la conciencia, por ejemplo. Partiendo de ahí, es de soberbios afirmar que uno es creyente o ateo, o agnóstico. En verdad, esta chispa de divinidad, como la querían los gnósticos, no sabe nada. Mi creencia es que el discurso humano no puede aspirar a la verdad, tal y como está, asediado por condicionantes de todo tipo, por la mortalidad, por la Historia. Y ese pesimismo nos convierte en fabuladores, creadores de imágenes, estetas. Por eso presto oídos a las teorías más descabelladas. Creo que hay algo de verdad hasta en las ideas más locas. Y encuentro en algunas teorías locas y anticientíficas un afán de rehumanización del saber, de regulación del saber para ponerlo al servicio de un proyecto bueno. Justo al revés de lo que ocurre: que es el mercado y la usura quienes pautan nuestro conocimiento. Y mi poesía, claro está, se hace eco de esos disparates o excentricidades que escucho o

leo.

*Siguiendo con la tradición, Neorromanticismo también cuenta con numerosos elementos tomados de la literatura popular medieval que ofrecen las expresiones del amor en su estado más elemental; el caso más obvio tal vez esté en el poema Cantar de amigo. Pero no solo esto, sino que incluso hay guiños a poetas de los Siglos de Oro, como Garcilaso de la Vega ("manchada de curry / la nevada cumbre"). ¿Qué aporta a tu obra el beber de esta tradición? ¿Cuáles dirías que han sido tus referencias principales al componer Neorromanticismo?*

Traducir, se dice, es un acto de lectura extremo. Pues bien, escribir lo es también. Uno escribe cuando interpreta el mundo como un texto y le añade algunas palabras. No hay escritura sin tradición. La escritura se inscribe en la tradición por necesidad propia. Las referencias que dices se deben, eso sí, a un uso irónico de la tradición y su canon. Por supuesto, adoro a San Juan y me gusta mucho Garcilaso (entre otros muchos más raros: los maravillosos Figueroa o Fco. de la Torre...), pero la verdad es que disfruto mucho imaginándomelos como cromos, a lo Monty Python, (risa). En una escena de la película *Amadeus*, De Miliosz Forman, Mozart se queja de esos mitos tan canónicos "que casi cagan mármol". Me gusta mucho figurarme a los "padres fundadores" con rostro de caricatura o de cromo. Además, no deberíamos mirar al pasado con tanta y tan grave reverencia académica: eso es antipoético. Y algo muy español.

Respecto a mis poetas favoritos...

No sé; si digo unos, me arrepentiré de no haber dicho otros. Sí te admitiré que últimamente no me interesan unos cuantos poetas concretos tanto como un tipo de escritura que tiene algo de fantasía, de gracia, de creación y también de especulación filosófica. Leer a Walter Benjamin o a buena parte de Kafka me parece tan poético como leer a Rimbaud o a Ashbery (este último escribió para más inri textos poéticos con mucho de teórico y de paródico) o a Lorenzo García Vega (que también era tan teórico como poeta del *nonsense*). Sí, en la época de *Neorromanticismo* estaba muy seducido por la lírica popular y del Siglo de Oro, pero ya me he aburrido de ese estilo. No me lo creo, me parece como un falsete, muy sobreactuado. Hoy no hay nada que pueda llamarse folclore y, si lo hay, está en las profundidades de internet, donde mejor es no mirar.

*Algo que también destaca de una manera muy brillante es el uso que haces del lenguaje, con una escritura próxima a la del habla popular, en la que las formas de las palabras se distancian de la norma ortográfica. El empleo de aliteraciones que ya se podían percibir en obras anteriores se repite en Neorromanticismo, creando un código propio, cargado en ocasiones de una sutil ironía. ¿Por qué esta búsqueda del lenguaje deformante?*

Son esfuerzos del lenguaje por escapar del poder, de lo ya dicho, de lo consabido. Es por eso. Sin embargo, observo que ese decir ahora es reivindicado por algunos, tal vez hasta muchos. No sé, quizás me he vestido

para el baile de disfraces y he llevado el disfraz más repetido del año. Por eso me estoy moviendo hacia otro lugar. Romper el lenguaje, sí, eso sí. El lenguaje normalizado es la muerte, es nuestro envase para aceptar la barbarie, la deshumanización. Por eso hay que romperlo, pero la estrategia debe cambiar porque el lenguaje crea antídotos, anticuerpos. Hay que estar en plena acción, al pie de los caballos, al pie del cañón. Evitar las modas, porque enseguida se convierten en palabrería y dejan de decir. Luchar por lograr un lenguaje inocente. Ésa es la tarea del poeta, decir lo que no se ha dicho, y como nunca se ha dicho, incluso el milagro, sí, ésa es la verdadera tarea del poeta.

*Otro elemento interesante de tus libros se da en el empleo de figuras como la ironía, que mencionaba en la anterior pregunta: tu obra en su conjunto se encuentra llena de un humor que apela, en algunas ocasiones, al propio lector, rompiendo un poco el pacto de ficción y dejándonos participar en la propia obra (pienso en un verso de Neorromanticismo en el que dices "Virrey el que lo lea"). ¿Por qué este humor?, ¿qué relación tiene con el poeta de la nostalgia con el que te identificas?*

La verdad, no sé cuándo dije eso de poeta de la nostalgia; dudo que lo dijera con esas palabras. Pero así sale en algún lugar, y me hace un poco de gracia porque no es verdad, o no del todo. Personalmente, quiero la revolución y con el mismo encono, una sumisión a una ley muy antigua. Soy muy nostálgico, platónico, pesimista. Como decía mi amiga Erika Martínez

en su presentación: el lema del libro es "todo es feo", a lo que se une una escenografía de velas, campanas, bosques, tormentas, carruajes... Porque nuestro mundo se ha vuelto feo. Sin embargo, ser poeta de la nostalgia sería otra cosa, y nada me deprimiría más que una escritura retrógrada, que se "acomodase" en una retórica. Ese hacer casa en una retórica anterior es la muerte de la poesía. El conformarse, el no buscar el milagro y haber perdido incluso el gesto de quien lo busca.

Respecto a esa forma de apelar al lector..., es una estrategia algo efectista, muy de ilusionista, un poco funámbulo. Hay que matar al arte, sus expectativas y su historia en cada obra artística. Por eso, ese tono como de teatro de "pasen y vean". Sigue vigente la poética de Rimbaud: hacer que el lector entre en la efusión, en el fervor, pero con la conciencia de que el arte es mentira. Detrás de esas fórmulas, hay una caída al vacío, ¡jalehop! Esas apelaciones son performances del suicidio dentro del arte. Pero precisamente porque creemos en el arte. Lo contrario sería contentarse con un modo de decir. De nuevo: la poesía es a vida o muerte. El arte verdadero lo es.

*No se nos puede escapar, tampoco, la afluencia de otras lenguas dentro de tus obras (italiano, alemán...). Y es que en tu carrera literaria no solo te has dedicado a escribir desde una perspectiva creativa, sino también a traducir a otros autores, como es el caso de Rilke. ¿De qué manera afrontas la labor del traductor y cómo afecta esta a tu proceso de escritura?*

Estoy en un momento de bastante crisis en ese sentido. No le encuentro ya tanto sentido a traducir. Uno se esfuerza por crear una versión más válida de una obra, pero si el mercado editorial favorece otra edición, aunque sea mala (como lo es, lo siento, la de *Hongos de Yuggoth* de H.P. Lovecraft en la editorial Valdemar) el esfuerzo es todo en vano. Gana la versión que el mercado favorece. Parece que la crítica no existe en absoluto. No me siento ya con tantas ganas de traducir. He pasado seguramente el Rubicón de mi propia vida, como mínimo, y prefiero hacer cosas que me sean de utilidad; por ejemplo, escribir sobre literatura me trae más contento. Quizás, además, por más que suene patético, muchos poetas hemos traducido entre otras cosas para hacerle un hueco editorial a nuestra propia poesía. Pero eso no tiene sentido, es regalar el propio tiempo y hasta la dignidad (aunque eso último no me importa apenas). El caso es que, si no se puede publicar, pues no se publica, y ya está. Sí querría terminar de traducir las *Elegías de Duino*. Ojalá pueda hacerlo, pero ando desmotivado. También me he vuelto tan perfeccionista -crear un poema que funcione como poema en la lengua de llegada- que me desespero y me asqueo. Por supuesto, cuando uno traduce, se pone la máscara de un determinado autor y escribe su propia poesía detrás de esa máscara. Lógicamente si eso se hace durante mucho tiempo, esa máscara ya pasa a ser tú. Y sí, *Fruta para el pajarillo de la superstición* es un texto parale-

lo a *Floreced mientras*, mi antología de románticos alemanes para Galaxia. Ahora bien, no es necesario traducir, la misma lectura (de nuevo, la traducción no es más que una lectura radical) nos va dejando esos posos, nos va probando esas máscaras.

*Y ahora viene la pregunta del millón: ¿qué viene después de Neorromanticismo? Y, si pudieras: ¿qué autor o autora consideras que, como lectores, no podemos perdernos?*

Pues no lo sé, la verdad. Sé que quiero escribir "escritura", un libro de recortes, de fragmentos y quizás mi nueva voz pasa por esa dispersión, con más ritmo del pensamiento y menos música verbal. Mi decir se ha vuelto de nuevo a las líneas de fuga, a que un tropo cobre vida y se convierta en una pequeña narración; me gusta adentrarme en la lengua del poema, seguir esa pista del lenguaje figurado y personalizarlo. Caricaturizar los tropos, volverlos títeres. Sé que ahora tengo menos control sobre lo que quiero decir o siento. Me gusta la parataxis, ese laberinto. Aunque soy consciente de que un poema así, sin asidero, puede resultar aburrido o cansino. Tengo que encontrar el modo de depurarlo o decantarlo, para que no lo sea. "Il naufragar m'è dolce in questo mare". Me divierto así, y tiene que haber algo de verdad, porque es un acto radical de expresión, un salto mortal. En fin, ya se verá.

Sobre lo otro..., los poetas españoles deberíamos leer más a poetas latinoamericanos, algunos vergonzosamente olvidados, como el propio Lorenzo

García Vega. Y hace falta reescribir la historia de la poesía española dejando de lado los compartimentos académicos y perezosos. Y que quepan, de una vez, los otros, y las otras. Y que se queden. Creo que el prurito del historiador de la literatura es un peligro para los autores raros o sin sección en el dispensario: Hidalgo, Cabañero. Hay que leer la poesía que reside en la prosa y en la filosofía. Hay que revolucionar la poesía. Me interesa mucho la mezcla de géneros que operan poetas como Alba Cid, Ruth Llana, Sandra Santana, Erika Martínez, la gran Chus Pato, Lila Zemborain... También la aleación que ha hecho entre poesía y prosa Carlos Pardo, el último libro de Carlos Bueno Vera, Fernando Pérez Fernández, Juan Antonio Bernier, Juan Carlos Reche, Ángela Segovia, Unai Velasco, Rosa Berbel, Berta García Faet. Pero sigo queriendo mucho otras poesías más líricas, como *El tiempo menos solo*, de Abraham Gragera, Mariano Peyrou, Teresa Soto y también de sutiles poetas con una propuesta más experiencial como José Alcaraz o Enrique Andrés Ruiz. Recuerdo cuando Carlos Pardo y yo recordamos emocionados aquel poema jocoso y triste de Jon Juaristi que salía en las antologías: *Elegías a ciegas*. También me gusta la vanguardia "pura" de Julio César Galán en *Inclinación al envés*. Y no quisiera dejarme en el tintero la labor, como poeta y editor, de Chema Cumbreño: qué gran libro *Los mapas transparentes*. En fin, odio las listas. Por cierto, también hay una poeta por ahí llama-

da Laura Ramos que está llamada a lo mejor.



## Notas de lectura

### *Elogio de la Filosofía*

Gabriel Albiac

La Esfera de los Libros, 2023

Cuando supe del último título de Albiac sentí mucho interés porque no me quedaba claro de qué iba, ¿sería acaso una suerte de historia de la filosofía?, ¿quizá se parecería a lo que Escotado hizo con sus *Hitos del sentido*? Luego vi su presentación en el Centro Riojano de Madrid y en la Fundación Gustavo Bueno y el paisaje se fue revelando. Para cuando pude asistir a la presentación en la Academia Sevillana de Buenas Letras llevaba conmigo el cuadro completo, con todas sus formas y colores.

¿Pero qué diablo es este libro?, pues no es muy difícil: se trata de la definición de Filosofía que Gabriel nos ofrece. Una definición que prescinde de diccionarios y que apela directamente a una tradición en la que el autor ha estado reflexionando, al menos, desde 1997. No lo digo yo, ustedes pueden escucharlo de su boca si buscan los dos programas de *Negro sobre Blanco* de Dragó, en los que participan Escotado, Racionero y Albiac. En concreto, casi terminando el primer programa, alrededor del minuto 33 menciona el borrador de unos jóvenes alemanes (Hegel, Hölderlin y Schelling) sobre la necesidad de una nueva "mitología de la razón". Pero más importante es lo que dice en el minuto 36 sobre el Fedro platónico: "únicamente llamaremos fi-

lósofo a aquel que sepa que todo lo que dice es juego, y juego acerca del juego". En la edición bilingüe de los *Diálogos* del CEPC (2007), el *Fedro* se refiere tal que así, habla Sócrates: "quien considera que en los discursos escritos sobre cualquier materia hay necesariamente gran parte de juego, y que jamás discurso alguno con verso o sin verso valió mucho la pena [...]; quien mande a paseo los demás discursos; ese hombre Fedro, el hombre que reúne esas condiciones, es muy probable que sea tal como tú y yo, en nuestras plegarias, pediríamos llegar a ser". (pp. 761-763)

¿Por qué un juego? Sócrates lo dice antes, porque aún no se conoce "la verdad de todas y cada una de las cosas sobre las que se habla o se escribe" (p. 759). Esta es la piedra angular del *Elogio de la Filosofía*: tratar de encontrar en ese juego sobre juego, en esa segunda navegación de la escritura, del pensamiento clásico, de la poesía y la tragedia, de la pintura y de la música, una definición de Filosofía fuera de cualquier categoría de sentido. Lo que Gabriel nos ofrece es una Filosofía, o un acercamiento al pensar filosófico, si lo prefieren, carente de la categoría de sentido "como máquina fundamental de la sumisión" (minuto 31 de *Negro sobre Blanco*). Porque "hablar en serio -o, peor, escribir en serio- es camuflar el vacío por el que se despeñaron las ilusiones, todos esos mismos delirios que prometían un sentido a este mundo que, sin sentido alguno, nuestros deseos inventaron. A su medida: que es sólo un borroso

calco de sus fantasmagorías". (*Elogio de la Filosofía*, p. 18).

Todo lo demás, los recorridos que Gabriel nos ofrece en los nueve capítulos, en las tres partes de este libro, no son más -nada menos- que "las presentes sucesiones de difunto", las contradicciones del lenguaje, pero nuestras también, que rodean -y moldean- nuestra existencia. Eso es lo que usted, lector, se encontrará en este título. Pero no se lo tome con pesimismo; no hay ningún problema en "decir que hay precipicio y llamarlo filosofía"(p. 191). Es preciso conocer la desazón que produce saber que "sin la red de costumbres no meditada que completan [nuestro] día a día, el devenir del ser humano sería un agotador desasosiego" (p. 44), pero eso no es negativo, ya que no implica ausencia, sino todo lo contrario: Albiac nos ata junto al cadáver de nuestras "rutinas y liturgias" (p. 45) -cual pirata etrusco en el *Protréptico* de Aristóteles-, para hacernos recapacitar sobre el "porqué último de su funcionamiento" (p. 45). Pocos elogios más elocuentes se me ocurren, pocas palabras más optimistas para decirnos que podemos ser conscientes de ese enorme laberinto de contradicciones, de esa infinita galería de espejos que llamamos existencia.

Así que pasen y lean, y disfruten del juego, ya verán qué divertido.

José Cuevas Olmedo

## *Confesiones de un opiófilo*

Antonio Escohotado

Espasa, 2023

Dos años después de su muerte salen a la luz unos textos que los lectores de Antonio Escohotado llevábamos esperando mucho tiempo: sus diarios, bajo el título de *Confesiones de un opiófilo, diario póstumo (1992-2020)*. Un título que es un homenaje a Thomas de Quincey, pero Escohotado marca una distancia muy clara con el autor inglés. Antonio no es un vulgar opiófago (*opium eater*), sino un amante que encuentra en la sobria ebriedad el vehículo perfecto para relacionarse con el mismo fármaco que casi destruye a Quincey. Si las *Confesiones* de aquel nos muestran las severas consecuencias, los profundos horrores que el opio le reserva a quienes lo toman con gula, las de Antonio son la demostración de que un espíritu frugal puede recurrir a él cuando la edad se va volviendo insoportable.

Muchos lectores se acercarán a este título con una curiosidad rayana en lo morboso por saber qué drogas tomaba, qué cantidades, cómo las mezclaba, queriendo encontrar en Antonio el argumento que sustente sus modos de vida o sus ganas de emulación. Cuidado. Porque si bien es cierto que ello se puede encontrar entre sus páginas, no es, ni de lejos lo mejor ni lo más interesante. Pues el dietario que Antonio se autoadministra nos habla mucho más de su espíritu, de su saber estar, más que de sustancias en sí. Asombra el rigor con el que controlaba sus dosis,

llegando a reprenderse las veces que se pasaba. Y es que Escohotado considera igual de censurable la glotonería con la comida y con los vehículos de ebriedad, siendo ambos manifestaciones de un mismo mal interno. Y esa es una enseñanza mucho más valiosa que saber si tomaba esto o aquello, porque nos habla, primero de la importancia del amor propio, y segundo, que aquel que quiera seguir ese ejemplo deberá pagar el precio de transitar la estrecha vía de la vigilancia constante y de la autoexigencia infatigable; algo solo alcanzable para quien se conoce a sí mismo sin dobleces.

Y Antonio se conocía bien. Nos lo demuestra en estas páginas. Y nos muestra aspectos de su personalidad que tan solo conocían sus más allegados. Por momentos Antonio se descubre como un hombre atormentado por ciertas sombras. Devastado hasta la médula por la pérdida de seres queridos, aquejado por la nostalgia y el deseo de volver a ver, hablar, abrazar, con aquellos que se han ido: "crecerás dentro de mí ya que no te ha sido dado otro elemento" (p. 99), escribe con motivo del fallecimiento de su hijo Román.

Antonio decía que este libro sería su mayor *best-seller*, el tiempo lo dirá, de momento ya va por su segunda edición y se prepara la tercera. Es un título que puede ser una entrada excelente para aquellos que conocen a Escohotado sobre todo por sus videos, pero que pueden verse superados por *Historia general de las drogas* o *Los enemigos del comercio*. Estas

*Confesiones* ofrecen, además de lo expuesto, una buena muestra de la calidad literaria que atesoran los textos de Antonio, con la excepcionalidad de que no volvió a revisar estos escritos, lo cual constituye una singularidad sin igual en su obra. Y para aquellos ya familiarizados con Antonio, la lectura de sus diarios nos ayuda a poner algo más de luz en su biografía, nos hace sentirnos un poco más agradecidos.

José Cuevas Olmedo

### *La rosa y el velocípedo*

Adriano del Valle

Renacimiento, 2022

Descubrí a Adriano del Valle gracias a Borges. Leí su nombre en la dedicatoria del primer poema que Borges publica en la revista sevillana *Grecia* el 31 de diciembre de 1919. El poema se llama *Himno del mar* y está dedicado a Adriano. Se conocieron en la época ultraísta de Rafael Cansinos Asséns y compartieron años divertidos y poéticos mientras Adriano se enamoraba de Norah, la hermana de Borges y le escribía el *Poema sideral* identificándose como "el poeta centauro".

Su nieto, Ignacio Izquierdo del Valle y José María Barrera López han editado con Renacimiento la antología *La rosa y el velocípedo* que nos permite leer diferentes épocas y estilos de Adriano. En el capítulo VIII *Poemas dispersos* hay uno dedicado a Norah Borges, *Silencio* (1922): "De tu

las palabras/ y las ciudades nómadas/  
llegaron junto al mar/ para emigrar.  
Silencio/ el silencio hormiguero/ y  
tus canciones/ trepando por el tiempo".

Las antologías son una forma lírica del tiempo para reconocer a un poeta en el transcurso de sus emociones y el pasar de la vida. La primera parte, *Primavera portátil*, reúne poemas para Andalucía, sus ciudades, ángeles y tradiciones, sus admirados Eugenio D'Ors, Góngora, Debussy, los hidroplanos y todas las formas del agua y las alas que fascinan a Adriano: "Geográfico tatuaje. / Allí pájaro y pez, allí la rosa/dan al color voltaje,/ y en la luz filamentosos/ quema su atlas, febril, la mariposa".

La segunda parte, *Lyra Sacra*, simboliza la espiritualidad del poeta, su arcángel San Gabriel, su lazo con María y con el Cielo. La siguiente, Los gozos del río, el río presente de principio a fin, tiene una amorosa dedicatoria: "A mi mujer/ Musa fidelísima. Aquí aparece Fábula de la rosa y el velocípedo, donde el poeta afirma: Soy exlibris de las flores".

En el capítulo IV, *Arpa fiel* (1941) canta su fidelidad a España y a Italia con paisajes, limones, islas y mares. Canta su fidelidad a la poesía, un bello momento del libro para nombrar a Juan Ramón, Garcilaso, Bécquer, Jorge Guillén, San Juan de la Cruz entre sus almas gemelas poéticas. También canta la fidelidad a los amigos, Manuel de Falla, Lorca, Fernando Villalón con emoción angelical en pétalos de alivio y la paloma azul ante la

muerte.

En el centro de la antología está el poema *La innombrable* (1954). Quizás el poema más bello del libro: "No te daba otro nombre/ que el que cabe en un beso".

*Oda náutica a Cádiz* es el capítulo VI (1957). La cadencia cambia, el poema es más ancho, los versos se alargan sin perder la mirada inocente y alada. Escribe un Adriano más sereno en la rueda del tiempo: "Giran las estaciones lentamente;/ la primavera fue, se va el verano/ y otro otoño, otro invierno nos asalta". El poeta percibe los ciclos de la naturaleza, la rueda del Zodíaco y el mundo desde el Génesis girando.

El penúltimo capítulo reúne obra póstuma y sigue presente Andalucía, el orbe andaluz, las flores, el jardín, el levante, Valencia y más poetas, Gerardo Diego, Miguel Hernández, Vicente Aleixandre, Quevedo, Pedro Salinas y una poesía especialmente íntima: "Fugitivos los peces, fugitivas las aves/ y ese fluir del cielo coronando montañas/ esa huida del ciervo, del lobo y la gacela/cercando tu inocencia, la desnudez vestida/ de trinos y rubores, de ámbitos celestes".

Los poemas que cierran la antología, *Poemas dispersos*, nos recuerdan al joven ultraísta, enamorado de la poesía, las alas, los ríos, los peces y las aves que iluminan su obra.

Me gusta su mirada altísima y viajera para adivinar lo invisible, su corazón inocente y nítido.

No sé si es posible contar en pocas palabras la belleza que transmite *La*

*rosa y el velocípedo*, creo que es un libro necesario para disfrutar y no olvidar a un poeta emocionado y emocionante como Adriano del Valle.

Claudia Capel

### **Corazonada**

Berta García Faet

La Bella Varsovia, 2023

Berta García Faet (Valencia, 1988) es ya una de las poetas consagradas de nuestro tiempo. Su trayectoria, construida casi en su totalidad a la sombra de la editorial La Bella Varsovia, ha sido reconocida con, entre otros, el Premio Nacional de Poesía Joven Miguel Hernández, concedido por el Ministerio de Cultura en 2018 a su libro *Los salmos fosforitos*. Su poesía se caracteriza por la experimentación y la expresión muy lírica de lo emocional, que algunos tildan de cursi pero yo prefiero calificar de delicado. Este discurso estético se confirma con ganas en *Corazonada*.

Se trata de un poemario de nada menos que 347 páginas divididas en más de diez secciones que, como poco, pueden definirse como pluridimensionales. *Corazonada* es un auténtico diario de más de una década de escritura, donde encontramos textos de todo tipo y con los más variados referentes y temas.

Algunos sorprenden, como el pequeño ciclo de poemas dedicados a Punky Brewster o la elegía a la cuenta de Skype del abuelo. Otros, como los de amor, son inevitables en una auto-

ra como García Faet, que pertenece a ese pequeño grupo de poetas recientes, en su mayor parte mujeres, que tienen el amor (no solo el romántico) como el epicentro total de su poesía. Por resaltar algunos, "Me gustaría meter a todos los chicos que he besado desde el año 1999 en una misma habitación" o "Conversación trigésimoséptima con veinteañero con gabbardina azul de Persia que mientras lo observo y me recreo en el pasado y el futuro se toma un café con leche y se enfrasca en la relectura de su cómic favorito (se lo lleva a todos los viajes)".

La técnica poética está ya totalmente depurada, con ese estilo deslavazado y a la vez absolutamente preciso que caracteriza a Berta García Faet. Hay poemas sentimentales que prácticamente podríamos llamar plásticos (es el caso *Postal escrita por las dos caras*), y otros que hablan con brillantez del proceso de creación en sí misma (imperdible *Tempus lugendi* con sus poemas anteriores a la revolución neolítica, así como su *Poema sobre una novela*, seguido por la *Novela del cura y la señorita* en la que extrañamente se intercalan los dones de la lírica con los de la narrativa).

El libro ofrece algunos poemas brillantes, como *Niños que roban / Situacionismo teen*, que dilucida sobre la expresión personal a través de los *nicks* de Messenger, y también toda la sección titulada *Autorretratos*, con versos como "mi verbo favorito es inundar/ y noche" y el breve pero esclarecedor poema que dice "Hasta

que no aprendí a leer, no noté los pájaros/ hasta que no noté los pájaros, no aprendí a leer". Huelga decir que, en una extensión de texto tan grande, otros poemas deslucen un poco. El conjunto, en cualquier caso, resulta muy bueno, quizá como digo demasiado largo, aunque eso solo molestará a quienes lean los libros de poesía de cabo a rabo y del tirón.

Dalia Alonso

### *De Herrera. Estudios reunidos en el centenario de Versos (1619)*

Juan Montero, Pedro Ruiz Pérez (coord.)

Universidad de Sevilla, 2021

Con motivo del IV centenario de la publicación de *Versos* (1619), de Fernando de Herrera, la Universidad de Sevilla publica este conjunto de estudios en torno al más grande poeta hispalense del siglo XVI. Como bien señala Begoña López Bueno en el capítulo introductorio -*Un Herrera renovado* (pp. 11-21)-, "el lector tiene en sus manos un volumen de garantía. Las aportaciones que lo integran suponen un decidido progreso en los estudios sobre la obra poética de Fernando de Herrera", destacando, entre los logros, el "avance decidido de la apuesta crítica por el texto póstumo de *Versos* de 1619" (p. 12).

Antonio Gargano -"Y *contemplo por vos la suma alteza*". *Amor y furor en Algunas obras de Fernando de Herrera* (pp. 23-52)- demuestra, a través de la noción de furor, la confluencia de

diversas tradiciones literarias y filológicas en *Algunas obras de Fernando de Herrera* (1582), donde se amalgama un conjunto poético dramático y tensionado que supera el canon heredado.

José Solís de los Santos -*La poesía latina de Fernando de Herrera en su proyecto literario* (pp. 53-105)- presenta la edición crítica de unos poemas latinos escritos por Herrera en los que, junto al rigor poético, tienen presencia el refinamiento del amor cortés y neoplatónico, San Hermenegildo y dos temas literarios desarrollados por Juan de Mal Lara.

Juan Montero -*La transmisión de los textos poéticos de Fernando de Herrera: estado de la cuestión y nuevas perspectivas* (pp. 107-149)- analiza el drama textual herreriano, proponiendo renovados e ineludibles horizontes en torno a las fuentes utilizadas por Pacheco para la edición póstuma.

Laura Hernández Lorenzo -*Nueva luz para la problemática de Versos: una aproximación a su léxico desde las Humanidades Digitales y los estudios de corpus* (pp. 151-206)- profundiza en el análisis filológico de *Versos* desde las perspectivas que ofrecen las Humanidades Digitales, alumbrando unos resultados que amplían las posibilidades de esclarecimiento de la problemática textual.

Pedro Ruiz Pérez -*La construcción autorial de Herrera en Versos (1619)* (pp. 207-257)- demuestra la coherencia de la estructura interna de *Versos* y su concepción orgánica, reforzando con nuevos argumentos la reivindicación

ción de la autoría herreriana.

Flavia Gherardi -*Herrera en salsa quevediana* (pp. 259-286)- analiza la crítica de Quevedo a la obra de Herrera (focalizada en Versos), representativa del persistente rechazo carpeto-vetónico hacia el poeta sevillano en torno al canon de las letras hispanas, lo que no esconde rendidas filiaciones textuales, léxicas y estilísticas con nuestro poeta en el trascurso de las divergencias.

Al hilo de ese canon, Mercedes Comellas -*Fernando de Herrera, un modelo clásico para tiempos románticos* (pp. 287-363)- cierra el libro estudiando la trayectoria del reconocimiento de Herrera entre los siglos XVIII y XIX. Destaca su reivindicación por parte de la escuela poética sevillana tardo-ilustrada y su evolución hasta mediados del XIX en plena ilustración romántica, en expresión de Manuel Ruiz Lagos para referir el característico parnaso hispalense, así como su siempre incómoda posición en el canon nacional.

El libro, imprescindible en el estudio de Fernando de Herrera, nos ayuda a consolidar asideros objetivos sin orillar la intuición poética. Es un acierto. Superados tanto los rescoldos románticos como el alicortado positivismo, volvemos a Herrera desde las atalayas de unos datos bien pertrechados, convencidos de ese algo en el discreto envés de su palabra que nos sigue conmoviendo. ¿Por qué? Porque, en tanto que poeta, sus circunstancias son además trasmundos. Hay versos que, por divinizado amor cortés que

se trate, pueden prender en el aleteo; y es probable que Fernando se viera en la tesitura de esmerar una inspiración que, siendo fuente de su poética, resultaba precipicio de perdición. Tal vez, para no comprometer el honor de la dama, Herrera desarrollara, fiel a su idea de virtud, una actitud manierista para desdibujar el alcance -y el drama- de su osadía literaria. Prudencia y destreza en el vuelo poético, a decir de Rioja, no le faltaron. Es esa hondura que sugiere Oreste Macrí cuando escribe: "la verdadera realidad de Leonor está en los versos". Es, en definitiva, la elegante resonancia de quien sabe escribir versos en el aire.

Manuel Carbajosa Aguilera

### *Los no amados*

Juan Cobos Wilkins

Bartleby Editores, 2023

Juan Cobos Wilkins ofrece, con *Los no amados*, un canto, descarnado y elegíaco, al despiadado contraluz del amor, al reverso terrible de la conatural -y afortunada- idealización. Abre con *Los no amados*, un conjunto de poemas enlazados por el hilo conductor, coral y obsesivo, de una idea matriz: "Alguien llega a tu vida/y tú no estás" (p. 9). Al poco, resuena: "Un día/ llega la vida/ y tú no estás" (p. 11), avizorándose desde la palabra un juego de espejismos más allá de la vida, en las entrañas mismas del alma, donde habita, refugiado, un latido que no suena, una luz que no refleja, una vida prendida en la indiferencia: "tú no es-

tás". *Expulsados del Paraíso de la correspondencia* (p. 12), el conjunto de poemas inicia un éxodo entre el temblor helado de lo externo y la tiniebla del vacío interior. De repente irrumpe el amor bajo el cielo alto de mayo, allí, ante "(...) la jaula de heridas, no de alambre, que habías construido" (p. 15). Al doblar la esquina del poema el eco nos estampa: "Alguien llega a tu vida y tú no estás" (p. 16); el adagio ya no es advertencia, sino terrible presagio, medieval, asaeteando la verdad del destino. Y el destino lleva escrita la derrota en los pliegues del viento: cuando "(...) creíste/ ingenuo, fatuo, / iguales la vida y el poema" (p. 17). El tú no estás venteando su victoria en el mástil de la espina. Indefensos ante la aparición sobrenatural de la belleza, Cobos Wilkins señala el canibalismo tras la ensoñación (p. 19). Resuenan advertencias brujeriles desgarrando todo vuelo: "Nadie se apiadará" (p. 20); "Nadie tendrá piedad" (p. 21); "Nadie. Haz memoria" (p. 22); "Hazlo" (p. 23). "Hazlo" (p. 24), "Haz memoria" (p. 25). La crudeza de la repetición sostenida a lomos de la palabra nos recuerda al descarnado y obsesivo Thomas Bernhard. Y se cuele otra advertencia terrible, zambraniana: "todo es orfandad" (p. 25), cerrando con un "haz memoria", "porque la vida llega/ y nadie está" (p. 26). El desasosiego trasciende a la persona, presintiendo el terrible vacío contemporáneo lacerado de abandonos.

Con  $1+1=0$ , Cobos Wilkins enumera poliédricas formas de desamparo.

En *los amantes perfectos* juega con el poeta amante y el amante poeta, sentenciando: "pronto hará frío en esa foto" (p. 29). Juan desliza el *memento mori* que resuena en el trasfondo del libro, esa ola, gigante, que no se ve (p. 30). Y se suceden, en danza macabra, el abandono aquí; allí la oquedad; a ese lado esqueletos negando a la carne; a contramano la frialdad del mármol; el descreimiento de la flor azul; la soledad descarnada; la huida que es escribir; el descalabro del tacto y la mirada; la crueldad barrenando el silencio; la indecisión subrayando lo imposible; el delirio místico; el terrible rosario de agravios; los pasillos mudos y la herida acristalada; la ausencia de la aurora; el inventario de daños; la certeza de la isla; la derrota, la sombra, la ceniza; los cielos perdiéndose en el sumidero del tiempo; la esperanza crucificada y la luz desmentida. Concluyendo: "Porque no es desamor, / es no amor, / y envenena esperanzas" (p. 75). No es el manantial de la herida, sino el desierto de la negación.

Se cierra este tríptico de tinieblas enlazando con una coda: *In nomine*. Tremendo reencontrarse de bruces con la pesadilla: "y alguien llega a tu vida/ y tú no estás" (p. 79). Aquí está el infierno. Juan asesta dos versos que traspasan las entrañas del libro por el costado más indefenso del alma: "dónde cabe tanta muerte en una rosa, / cómo cupo tanta rosa en esa muerte" (p. 81). Sólo un poeta puede embrocarse una esperanza tras ese rejón de realidad: "del mundo no se vuelve; / del cielo, sí" (p. 81), clamando unamunia-



na piedad en el agua.

Juan Cobos Wilkins nos reencuentra con ecos de eternidades, de verdades, de espejismos, de tinieblas; y ante la rotundidad de la orfandad, del vacío, de la soledad, ofrece el salvavidas último de la piedad que sólo puede religarse a través del arte, madero de compasión tras la noche oscura del alma, ese naufragio del que todos vamos huyendo.

Manuel Carbajosa Aguilera

### *Cocuyo*

Severo Sarduy

Amarillo Editora, 2023

"Quien de amarillo se viste, en su belleza confía" reza la cabecera de la página web de Amarillo Editora, un proyecto editorial que nace, casualmente, en octubre del año pasado, igual que la revista Centauros. A veces esos dichos pueden sonar algo pretenciosos y no ajustarse a la realidad, pero he de decir que si me dejo llevar por esta novela que han publicado no puedo más que afirmar que Ester Vallejo, editora de Amarillo, hace muy muy bien en confiar en la belleza de sus libros. Las cubiertas de esta editorial destacan por su sobriedad: una cubierta elegante color amarillo mate sobre la que destaca alguna ilustración. En la novela que nos ocupa vemos la blanca flor de la mariposa, flor nacional de Cuba, y sobre ella un cocuyo, un insecto que, como se nos aclara en la novela, emite algo de luz. Esta ilustración nos está

introduciendo ya la situación del protagonista, que precisamente responde al nombre del insecto: Cocuyo es un chico poco agraciado físicamente – igual que el coleóptero– que habita en la pureza. Según vamos pasando las páginas, asistiremos a la corrupción de esa blancura inmaculada propiciada por su entrada en el mundo adulto. Así, Cocuyo será el protagonista de una *bildungsroman* en la que recibirá ataques desde distintos flancos; de hecho, ya desde el mismo principio, antes de que comience su viaje, lo recibirá por parte de su familia, proyección de una sociedad –de un mundo– terrible. Cocuyo quemará las naves –no desvelaré cómo– y emprenderá el viaje de la madurez, un viaje colmado de desengaños donde descubrirá la hipocresía, la depravación, y en definitiva la maldad del ser humano. En ese camino, se producirá, además, su despertar sexual, que se tornará también conflictivo, al igual que el sentimiento de culpa por haber abandonado su casa tal como lo hizo. Resultan impresionantes los pasajes en los que el personaje se autopercibe como lo que su nombre simboliza:

"Sentía como una evidencia que su cuerpo era una demasía, un exceso inútil, mórbido, que mejor sería eliminar para que el mundo recobrara su equilibrio [...] Imaginaba una mano fuerte, musculosa y aséptica que, con un gesto displicente del dorso, arrojara de un mármol impoluto un insecto asqueroso, una larva, el escupitajo de un loco, algo abyecto y sin embargo visible, central, atrayendo como un

blanco todas las miradas: lo que hay que extirpar".

Como puede apreciarse por el fragmento, Cocuyo es, ante todo, una novela de lenguaje. Decía Sarduy que releía compulsivamente a unos pocos autores, entre los que citaba a Lezama y a Góngora. Desde luego esta novela es interesante por la historia que cuenta, pero, ante todo, lo que destaca es el lenguaje, esa retórica barroca que logra exacerbarlo todo para desvelar la esencia de las cosas. Esa estética nos plasma tanto lo bello como lo feo; a veces, ese retrato feísta tiene una intención cómica que logra despertar incluso alguna que otra carcajada en el lector, de tan logrado como está. Véase, por ejemplo, esta imagen escatológica, tan netamente barroca, que solo puede ofrecernos esta poética de la desmesura a través de la concentración de variadas figuras retóricas:

"¿Por qué se tiró, tinajón abajo, en aquel 'fecal trineo'? Vamos a ver... Para mí que sintió la mirada de las tías acribillándolo desde las trincheras de los ojos, el espejeo cegante de las sedas, como fognazos plateados, el índice anillado con amatistas relumbronas, que lo mostraba: '¡Míralo, míralo, cagando en el tinajón!'. Fue un diminuto San Sebastián excretante, flechado en plena fechoría, un culicagado hazmerreír, fato indefenso".

Lo barroco encuentra, además, un perfecto acomodo en este relato de desengaño, donde la realidad se presenta al personaje como un monstruoso laberinto que lo abrumba y lo somete. Por ello se cargan especial-

mente las tintas cuando se pretende retratar a personajes moralmente indeseables, aquellos escultores de ese laberinto de la realidad: "Es obeso, cuando vuelve de su lúgubre mercado apesta a formol y a grajo; arrastra unas chancletas planas y deshilachadas que el zapatero de la esquina y su mulatón, no sin burlas y remordimientos, le han fabricado, deformando a martillazos exquisitos modelos italianos, para que quepan en ellos, y hasta se solacen, de esa bola de sebo, los dilatados pies".

La edición de la novela viene acompañada de unas acertadas notas al pie que nos ayudan a comprender ciertos cubanismos que pueden dificultar la lectura de la novela, ya de por sí exigente. Y veo ahí, de hecho, en esa exigencia una declaración de intenciones por parte de Amarillo Editora: una apuesta a contracorriente por reivindicar a autores valiosos, basándose exclusivamente en motivos literarios: en esa belleza, de la que siempre salimos mejores. Y eso, claro, me ha pasado con Cocuyo.

Alejandro Bellido